

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 17. — N° 306.

## SUMARIO.

La regencia en Prusia; grabado. — La Europa á vista de negro. — Revista de Paris. — Serenata en Pinto. —

Nueva entrada del jardin de Tullerías; grabado. — El paso de la Línea; grabados. — La feria de las vanidades. — El fuerte Napoleon en Suk-el-Arba; grabados. — A un amigo. — El murciélago alevoso. — Los ta-

quigrafos en Inglaterra. — La feria de San Martin en Pontoise (Francia); grabados. — Cortejo y ceremonia de la firma del tratado de Tien-tsing; grabado. — La reina sin nombre. — Monumentos de Paris; grabados.



FEDERICO GUILLERMO LUIS, príncipe de Prusia, regente del reino, y la princesa MARIA LUISA AUGUSTA CATALINA, princesa de Prusia.

### La regencia en Prusia.

En los países monárquicos la autoridad de la corona puede debilitarse fácilmente por la interrupción del poder real. Allí donde todo se hace en nombre de uno solo, los actos públicos pierden su prestigio cuando se nota que la sanción real es más bien resultado de las instituciones monárquicas siempre existentes que de la voluntad espontánea del rey. Con efecto, si el Estado ha reconocido que su fuerza reside en el principio de la acción unitaria, se pondría en contradicción consigo mismo, prefiriendo la influencia de un gobierno múltiple, aun cuando estuviera compuesto de los hombres más estimados y capaces. A estas graves consideraciones, y no á una impaciencia vaga, debe sin duda atribuirse la agitación que en estos últimos tiempos se ha manifestado en Prusia. Todo el que conoce ese país sabe que abunda la buena fe en los partidos políticos; sus opiniones están en divergencia acerca de los medios de gobierno, pero todos quieren la grandeza y la prosperidad del país, todos, excepto una débil minoría, son profundamente monárquicos. Así pues, debe tenerse en cuenta el realismo de los que veían en la institución de la regencia una especie de ataque al ejercicio del poder real, y el de aquellos que creían que se había tardado ya mucho en establecerla. Los acontecimientos han probado que el principio monárquico no ha dejado de corresponder á su misión: la regencia se instituyó por una delegación directa del rey y en virtud de la Constitución en el momento debido.

La impaciencia del pueblo prusiano era también un homenaje dirigido al príncipe más próximo al trono. Si hubiera estado en la voluntad de la Providencia el dar esa gran sucesión á un príncipe dotado de menos cualidades eminentes, ¿no se habría deseado mucho más el estado provisional, cuyos inconvenientes quizá habrían parecido menores que los del gobierno de un príncipe impopular?

El príncipe de Prusia Federico Guillermo Luis, cuyo retrato damos, nació el 22 de marzo de 1797; tiene dos años menos que su hermano el rey Guillermo IV, y ambos son hijos de la primera mujer del difunto Federico Guillermo III. Ambos príncipes hermanos, el rey enfermo y el príncipe regente, recibieron una esmerada y sólida educación de unos mismos maestros. Estos fueron, en el derecho público, Savigny; en el arte de la guerra Scharnharst y Knesbeck; en la filosofía Ritter y Ancillon; en las bellas artes Schœkel y Rauch, insignes sabios, honra de la Europa civilizada, y cuyo renombre y fama son universales.

Cuando los ejércitos aliados entraron en París, el joven Federico Guillermo Luis vino á esta capital en el estado mayor del ejército prusiano, que tomaba la revancha de los desastres de Iena, de Eylau y de Friedland. Aunque el príncipe regente ha sido gobernador de las provincias Rhenanas y de Westphalia, é inspector general del ejército, no ha tomado parte activa en los negocios políticos de su país, habiendo empleado su vida en viajar por el extranjero, en estudiar profundamente las ciencias y las artes, y en fomentar el desarrollo de las artes, y el bienestar y esplendor del ejército, que le ama, como las clases todas de la sociedad.

En 1848, cuando estalló la insurrección de Berlín, el príncipe, hoy regente, se puso al frente de la tropa resuelto á resistir la revolución hasta el último extremo; pero debió ceder ante las órdenes formales del rey su hermano, y retiró sus tropas fuera de la capital, que es lo que querían los revoltosos. Después de un fuego de fusilería que duró en las calles de Berlín diez y seis horas, la revolución quedó vencedora. Entonces fué cuando la demagogia obligó al rey y á la reina á presentarse en el umbral del palacio ante los cadáveres allí amontonados. Los tiempos han variado mucho desde aquella época.

Su esposa, la princesa María Luisa Augusta Catalina, hija de Carlos Federico, gran duque de Weimar, nació el 30 de setiembre de 1811. Toda la Alemania la considera como una de las mujeres más notables que pueden ser llamadas á ocupar un trono. Educada en esa corte de Weimar, que por su culto por lo bello se hizo á fines del siglo último y á principios del presente la Atenas de la Alemania, es la heredera de las inmortales tradiciones de Goethe y de Schiller. La princesa de Prusia residió en los últimos años en Coblenz, y dando prueba en esto de mucho tacto y mucha discreción, se mantuvo lejos de la agitación que desde la enfermedad del rey se había producido en la capital. Después de la institución definitiva de la regencia, S. A. R. fijará probablemente su residencia en Berlín.

D. B.

### La Europa á vista de negro.

Querido amigo: Ayer tarde llegué sin novedad á la insula de \*\*\*. Aunque solo hace catorce horas que estoy en ella, y todavía no he salido á la calle, puedo asegurarte que la civilización de sus oscuros habitantes es muy completa, su carácter muy amable y el suelo muy feraz. Ahí te envío para que le des á conocer por medio de la prensa un informe que mi patrón, ó sea el dueño de la fonda en que me hospedo, ha presentado á la academia núm. 86 de esta isla. Trátase en él de los adelantamientos científicos, artísticos y sociales europeos, y por las muchas palabras que contiene, conocerás lo útiles que son aquellas corporaciones para

fomentar la fabricación del papel y de la tinta. Otro día te escribiré más despacio: entre tanto pásalo bien y ya sabes que etc. etc.

FULANO DE TAL.

Documento que se cita en la carta anterior:

«Comisionado para estudiar los progresos de la civilización europea, he recorrido las más populosas ciudades de aquella parte del mundo, ocupadas en el noble arte de sacar lustre á botas y zapatos, y hoy puedo por fin presentar para solaz de mis paisanos el fruto de mis viajes y desvelos. No son ciertamente para inteligencias como las nuestras su forma de gobierno y las ciencias que cultivan. Para explicarlos mejor lo más notable que he visto por aquellas tierras, páreceme conveniente empezar por hacerlos una pequeña descripción ó sea un retrato en miniatura de los humanos seres que las pueblan. Figúraos que los hombres del otro lado de los mares tienen la cara blanca y presumo que también el cuerpo; y digo únicamente que presumo, porque los individuos del sexo masculino conservan la sucia y antinatural costumbre de vestirse hasta las mismas manos, aunque las mujeres del gran mundo, por un resto de pudor que tan amables hace á aquellas hermosas mitades del género humano, presentan cuando van de toda gala á la pública espectación los alabastrinos y níveos encantos de su pescuezo y sus espaldas, y aún más algunas veces.

Gracias pues á tan perjudicial blancura, ¡cuán lastimosamente se pierden los inexplicables encantos que pudieran resultar del contraste de aquellos vestidos blancos, azules y rosados con el azabachísimo matiz de nuestras carnes! Bien lo conocen por supuesto los europeos, y á todas horas prueban con los hechos lo venturosos que serían si pudieran cambiar su cutis con el nuestro. Ved si no las estatuas que levantan á los personajes que entre ellos más se han distinguido: todas ó casi todas son de bronce, cuyo color hace parecer desde lejos verdaderos ciudadanos de Angola ó Madagascar á los mismísimos Felipe IV, Cervantes y Napoleón. Además, siempre que los hombres tienen que vestirse de etiqueta, se cubren con trajes negros hasta la punta de las uñas, y en las mujeres el pelo negro y los ojos idem son elegantes adornos y muy buenos anzuelos para coger amantes. Si á ellos se agrega el tener la interesada barniz moreno, es decir, tintas que la aproximen á nuestra raza, entonces sí que los poetas traen á su casa la mitad de la creación, echándose por esos mundos de Dios á buscar cosas negras: el ébano, el abrigo, capote ó manto de noche, el azabache y otras mil zarandajas vienen á constituir sus ojos y cabellos, y varios efectos menos oscuros tienen sus carrillos y pescuezo. Ese mismo afán de parecer negros es causa de lo caras que cuestan las botas, del cuidado sumo que pone toda persona *comme il faut* en llevarlas siempre perfectamente embetunadas, y de que los zapatos blancos solamente sirvan para el campo, donde casi nadie puede verlos, ó para personas de poca importancia. Mal andarían los *boot-maker* ó *maestros de obra prima* y los lujosos salones de limpiabotas, si los europeos tuviesen la económica fortuna de haber recibido los pies embetunados al nacer como nosotros.

Objetos son igualmente de no poca envidia nuestras esortijadas bedijas capilares, y pruébalo bien el esmero con que las imitan en sus lacias y sedosas zaleas, chamuscándolas y retorciéndolas con tenazas casi hechas asuca. Y ¿qué más? hasta el poético baño de sudor que á nosotros nos cubre, intentan copiar no pocas hermosas cubriéndose las mejillas de químicos mejunges.

Y en el conjunto de la cara, ¿cuántas ventajas no les llevamos nosotros? Carecen lastimosamente de aquel precioso hocico que tanto nos adorna, y que no falta en la boca de ningún animal, excepto en la de los hombres europeos, y ni siquiera sus narices tienen la gracia de las nuestras, que anchas y desahogadas permiten fácilmente respirar, y por su pequeña extensión no afean el semblante dándole sombra como el horario de un reloj de sol, ni entran antes que el resto del cuerpo en todas partes, representando en el rostro el mismo papel que los antiguos voladizos en las fachadas.

Para ocultar lo deforme de su boca usan los hombres de aquellas tierras un telón natural de pelos que sirve al mismo tiempo para colar los líquidos que beben, y en los carrillos forman igualmente con cerdas diversas labores parecidas á las que con arbustos cortados se hacen en jardines y *parterres*, poniendo también á veces en sus dos ojos unas como cancelas de cristales adornadas frecuentemente con visillos ó cortinas verdes.

Descrito ya el aspecto ó la facha exterior del europeo, voy á examinar ligeramente los más notables productos de su decantada ilustración. El vapor es el más grande y el que con más justicia los enorgullece. Ciertó individuo refugiado por causas políticas en el infierno, se trajo por el mundo, aprovechando el momento en que Cerbero reventaba por efecto de un pedazo de salchichón *estrigninado* que él llevaba á prevención, se trajo, répito, las calderas del infernal *M. Pedro Botero*, y con ellas tal revolución ha armado en el globo, que fácilmente pudiera reventar como ampolla de jabón á no haberlo cubierto y encerrado el tiempo en una red de las que se emplean en los aparatos destinados á elaborar bebidas gaseosas.

Con tan grande invento *ya no hay distancias*, claman ellos: la sociedad es una pasta ó amasijo de todos los pueblos, pasta cuyas moléculas suelen andar á trastazos de cuando en cuando; y así como los fragmentos de una palabra partida en dos renglones se unen por

medio de un guion, así también las naciones se eslabonan con dos guiones de hierro sobre los cuales corren los carruajes á fin de que no se estropeen los caminos. Sin duda la afición á la economía, señora elevada á virtud política desde miseria doméstica que antes era, ha conseguido suprimir los caballos ó mulas en semejantes vías, porque así no se gasta en cebada y herraduras, aunque se gaste más en leña y otras frioleras.

De este modo la tierra no es ya necesaria para andar sobre ella, y echando dos barras de hierro de una torre á otra, desde la orilla de un río á la opuesta, corren los coches sin atropellar más que á los pájaros. ¡Ojalá pudiera generalizarse un ingenioso método en el interior de las ciudades para toda clase de carruajes!

Las nubes que á su paso encuentran las locomotoras pueden proporcionarles agua para fabricar vapor, y así que un sabio alemán encuentre puntos en que fijar un puente que está *concebido* en su magín, podremos ir en vagon sobre la inmensidad de los mares, y llevar por todo el mundo como género de licito comercio los velos de un polo para hacer sorbetes en verano, y el fuego del otro para encender las chimeneas en invierno.

Como semejante travesía por precisión tiene que ser por algunas horas, los coches en que se haga tendrán salones de descanso, billar y biblioteca, y aun algunos café y teatro lírico-dramático. Diferentes prensas á la *Stanhope* oportunamente colocadas tirarán en abundancia periódicos políticos y de modas para instrucción de los viajeros.

Todo se hace pues allí con máquinas. Hasta la facultad de pensar, que segun decían los europeos en otro tiempo tanto ennoblece al hombre, ha sido abandonada á las máquinas, y si hoy vivieran Arquímedes y Pitágoras, no se darían tanto tono al ver que un sencillo aparato resuelve sin molestarse en aprender, y mejor que ellos, los más difíciles problemas matemáticos.

Otra palanca de la humanidad moderna es la electricidad.

Todas las artes destinadas á conservar la vida de los hombres, como la guerra, la medicina y la política, se valen de ella con muchísima ventaja, y ¿qué más? tanta es la charlatanería del fluido eléctrico en nuestros días, que hasta las masas más humildes han llegado á hablar como cotorras por medio de él.

Y gracias á que por falta de lengua tienen que explicarse con los talones, que de otro modo sabe Dios á qué altura podrían colocarse. Efectivamente la lengua ha reemplazado por aquellos países á las piernas en todo lo relativo á hacer carreras y dar saltos. Nada hay más premiados que los ejercicios gimnásticos de la lengua. Si los títulos, cintas y uniformes se colgaran en la parte del cuerpo que los gana, más de cuatro eminencias europeas llevarían limpio el forro del corazón y llena la boca de bandas y bordados.

La electricidad es pues, á no dudarlo, el alma de la sociedad moderna, como que pone en juego los nervios de esta, vulgo alambres telegráficos, transmitiendo las sensaciones, ó sean las partes desde la cabeza á las piernas y desde las piernas á la espalda. Solo que á veces la sociedad se asemeja á las señoras elegantes en padecer de los nervios; por eso en habiendo tempestades los telégrafos se hacen insensibles, y los nerviosos se quedan sin noticias. Además de estas gracias la electricidad sabe reemplazar á las minas. Por medio de ella se forran ó encuadernan en oro, plata ó cualquier otra clase de metales, muebles y estatuas, sapos y culebras. De modo que la ilustración de los europeos ha desacreditado los prodigios del rey Midas, poniéndolos al alcance de todo el mundo.

Pero más admirable que todas estas invenciones juntas es la que se conoce con el nombre de la prensa ó de la imprenta. Encargándose de reemplazar á la lengua humana unas figurillas de plomo, estampa letras grandes y chicas en el papel, y cosidas luego las hojas, corren por esos mundos de Dios haciendo gastar dinero á los aficionados y produciéndoles en cambio no pocos dolores de cabeza. Todo mortal está autorizado para echar á volar sus ideas de esta suerte: la ley es tan benévola, que para hablar de cualquier cosa á nadie exige que la sepa. Figúraos pues si se dirán cosas buenas en Europa.

Lo que antes con el nombre de caridad era dulce consuelo del corazón y alivio del desvalido, ahora con el seudónimo de filantropía y beneficencia es ostentoso motivo de lucimiento y ocasión de darse tono á costa del bolsillo ageno. Como la sociedad moderna solicita siempre por el bien de sus miembros no puede consentir que ninguno se muera de hambre, recoge á los pobres en mansiones construidas expresamente, donde los da de comer gratis haciéndoles trabajar, pero sin pagarles, porque para eso les da de comer. Y no sirve que el agraciado no acepte semejante felicidad, porque se le obliga á ser feliz por fuerza llevándole preso, y aun atado si es preciso. Tanto es el cuidado que se toma por el prójimo los europeos á la manera de aquel diablo que estrujó á sus hijos de puro abrazarlos; y como no basta ser bueno, sino que es indispensable dar saludables y morales ejemplos á los que vienen detrás de nosotros, los europeos no dan la hmosna de suerte que una mano no sepa lo que salió de la otra: no, señores, al contrario; en aquellas tierras el que pretende sentir plaza de benéfico, saca dinero á los amigos, lo reparte luego entre varios necesitados, y así como la gallina cuando pone un huevo lo celebra con largo cacareo, así el filántropo celebra sus virtudes para que las imiten sus semejantes en gacetas y artículos de fondo.

Siguiendo estas mismas ideas, nada se hace en Euro-

pa sin fin moral. Cuando emplea el fruto de sus trabajos ó de sus picardías en elevar una casa en forma de jaulon hasta las nubes, no lo hace por cobrar andando el tiempo los alquileres, no por dejar asegurada á sus hijos la subsistencia, sino únicamente por dar de comer á los pobres y por embellecer la poblacion. Sale á la pública censura por entre los bastidores un mamarracho bautizado con el nombre de comedia. Parece que el objeto de su autor debía ser divertir á los que pagan en el despacho y á los que compraron su asiento á los revendedores por pasar un rato entretenido; pues no, señor, aquellos tres ó cinco ó más actos llenos de flores y estrellas y consonantes y versos largos y cortos, se encaminan á demostrar lo conveniente que es el taparse con la capa las narices cuando hace frio, ó lo que perjudica á la moral las cortinillas en los coches de alquiler. El que pone esto en escena, logra que le llamen poeta filosófico, cosa que viene á ser lo mismo que llamar negro blanco á uno de nosotros, porque ni la filosofía tuvo nunca nada de poético, ni las musas llevaron jamás al Pindo las obras de Sócrates ni las de Krausse.

Que los europeos saben mucho es cosa que se prueba con ver una lista de las ciencias y artes que les enseñan desde niños. Asusta, señores, el pensar: hay una ciencia para cada ocho mortales á lo sumo: y no me preguntéis qué cosa explica ninguna de ellas, porque no podré deciroslo. ¿Quién es capaz de saber lo que enseñan la *docimasia*, la estereotomía y la desocracia y la paleontología y la fitografía y la xilometría y la clásica? Mientras existan semejantes nombres, tratase de organizar caravanas para llevar á los papás á Grecia por el verano á fin de que sepan la clase de cosas que van á aprender sus pimpollos en el invierno.

Por último, señores, según he tenido ocasion de observar en Europa, cuando Dios hizo al hombre blanco le puso dentro cierta cosa que se llama vergüenza, la cual le pinta de color rojo los carrillos siempre que falta á sus deberes. Pero queriendo los europeos que toda la calle fuera suya, con arreglo á lo que dispone cierto retrán español, echáronse encima un gaban de filosofía y otro de despreocupacion, con lo cual difícilmente logra asomar aquel denunciador matiz por sus fachadas.

El hombre que consigue esto, claro está que sirve para todo, y libre de tan enojosa carga, prospera y engorda y se remonta á los puestos mas encoquetados.

Tales son, señores, los principales destellos de la civilizacion europea; copiada vosotros poco á poco, que según lo mucho que en Europa alaban y ensalzan todo lo presente, si semejante vida no os da la felicidad, tampoco os dará la modestia y otras varias virtudes enojosas.»

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Revista de Paris.

Una noticia singular ha circulado por Paris en la última semana. — En el año 1847 un oficial del ejército francés, hijo de un general de nombradía, se vió obligado á salir de Francia porque hubieron de sorprenderle en una reunion del palacio de Tullerías practicando ciertas maniobras desleales en el juego. Entonces la aventura escandalizó altamente; pero muy pronto se vino á olvidar con los sucesos políticos del mes de febrero de 1848.

Sin embargo, con posterioridad se aseguró que el jóven oficial había muerto en Oriente, donde se retiró á servir ignorado de todos, y nadie pensaba ya en él, excepto quizá su familia, cuando hé aquí que en estos últimos tiempos corrió el rumor de que había sido reconocido bajo la forma del llamado general Walker, ese filibustero americano tan célebre por sus expediciones efectuadas ó proyectadas contra Nicaragua.

Los periódicos se apoderaron de la noticia, excitando vivamente la curiosidad pública; pero al cabo uno que se dice en posesion de datos auténticos, niega semejante identidad, aunque no presenta en apoyo de su opinion ninguna prueba irrecusable. Nosotros, sin ningun informe particular en el asunto, nos contentamos con dejar consignada aquí esta filiacion supuesta ó no supuesta del aventurero americano.

Hace tres años brilló durante el invierno en Paris un jóven italiano, de una de las familias mas ilustres de Florencia. Este jóven á quien designaremos únicamente por su título de vizconde, tiene una hermosa figura, y es hombre de instruccion y de entendimiento. Viajaba por distraccion, y habiendo venido á Francia para estudiar las costumbres y tomar parte en las diversiones parisienses, fué recibido desde luego en la mejor sociedad, donde le distinguió todo el mundo por sus cualidades personales y por sus buenas prendas.

En tales condiciones, y añadiendo á todo esto la riqueza, el vizconde podia hacer en Paris las conquistas mas brillantes y realizar un matrimonio ventajoso.

Pero el vizconde italiano trabó amistad con el baron de X., hombre elegante, sensual, que se había entregado durante muchos años á los placeres y que era egoísta como nadie; hombre que cansado al fin de la vida bulliciosa, eligió una mujer, y sin duda por variar sus sensaciones se encerró con ella, retirándose casi enteramente de la sociedad en que había vivido.

El vizconde á su lado era un niño que no había salido aun de los sueños de la juventud, que vivía de esperanzas y de ilusiones, y que anhelaba comprender el misterio de la felicidad humana.

Cuando este hombre cándido se encontró con el hombre gastado y desengañado de todas las cosas de la vida, experi-

mentaron el uno por el otro un sentimiento de inquieta curiosidad que les movia á buscarse y á tratarse.

Aunque no se hallaban de acuerdo en ningun punto, se hicieron amigos íntimos. Entrambos se hallaban dotados de claro entendimiento, y sus diferencias en el modo de ver les divertían en lugar de herirlos y separarlos.

Por desgracia el vizconde se enamoró perdidamente de la mujer del baron.

La baronesa había amado á su marido; alma cándida y sencilla, había sido seducida por aquel corazon gastado y carcomido; misterio inexplicable, pero que se repite á menudo. Sin embargo, el desengaño sobrevino con presteza; la jóven no tardó mucho en conocer quién era su marido.

El vizconde la amó sin advertirlo; creía tenerla un cariño fraternal, y ella por su parte pensaba tenerle un afecto de hermano. Pero un dia una chanza inocente la abrió los ojos; desde entonces se convirtió en un mármol: las palabras mas tiernas del vizconde se deslizaron sobre su corazon sin dejar en él la menor huella.

Elegante, impenable y de graciosa dignidad, parecía una mujer insensible á todo lo que la rodeaba.

El vizconde estaba fuera de sí. La súbita frialdad de la jóven le hizo comprender cuánto la quería, y atravesaban su mente las ideas mas fatales.

Por fin, un dia despues de haber sufrido tormentos inauditos, corre á casa de la baronesa resuelto á declararle sus amores y el agudo dolor que le hacia insoportable la vida. La jóven estaba sola; entra, se sienta á su lado, y la mira con la desesperacion y el fuego que el amor había puesto en sus ojos.

De repente distingue que las megillas de la jóven se cubren de lágrimas; no espera á que hable él, toma la palabra, le dice que le ha amado siempre, que le ama, pero que exige imperiosamente que salga de Paris, que no la vuelva á ver nunca, prometiéndole al mismo tiempo que, suceda lo que quiera, le amará siempre.

El vizconde toma su mano, la besa, y dichoso y desolado á la vez, cumple la órden recibida. Al otro dia se ponía en camino para Florencia.

Allí vivía desde entonces cuando en octubre último llegó á sus manos una carta de la baronesa en la cual le decia que regresara á Francia.

Con efecto, el vizconde llegó á Paris. La jóven se había quedado viuda. El baron se había caído del caballo, se hirió gravemente, y había fallecido al cabo de tres meses de martirio.

Al ver al vizconde la jóven le tendió su mano.  
— He querido que estuviera Vd. á mi lado, pero no debemos vernos antes de algun tiempo.

— ¿Cuándo será?  
— Dentro de cinco meses.

El vizconde se marchó de nuevo, y dentro de un año tendrá lugar su casamiento con la viuda objeto de sus amores.

La historia es bien sencilla, pero nos ha parecido bastante interesante en estos tiempos en que se diría que la constancia en el amor se considera como una cosa que pasó de moda hace tiempo.

Hemos tenido ocasion de ver estos dias una maravilla del procedimiento galvanoplástico que parece inconcebible. Sabido es que ese procedimiento fué saludado á su aparicion con unánimes aclamaciones. Los metales descompuestos en moléculas imperceptibles y luego amalgamados de nuevo en su baño para recomponerse por la virtud de la pila eléctrica, han producido hermosas obras de arte; pero aplicar el galvanismo á la confeccion de un vagon no en miniatura, sino de una dimension de nueve metros sobre dos y medio de altura, esto parece increíble, y sin embargo se ha hecho.

Entremos en los pormenores. La sociedad llamada «Pio-Latina» ha querido regalar al Sumo Pontífice un vagon para que viaje S. S. por los ferro-carriles romanos.

Este vagon debía ser digno del jefe del catolicismo por la riqueza de sus adornos, y se quería que se distinguiera de todos los demás por la novedad de los medios empleados en su fabricacion. El ingeniero M. Trelat suministró los dibujos.

Hasta hoy se han visto circular por las vias férreas vehiculos hermosos por sus ornatos, como verbigracia, los vagones imperiales; pero esos ornatos se debian al pincel, ó estaban esculpidos en madera, ó eran cincelados en cobre dorado ó plateado. En el vagon pontificio no hay mas que cobre realzado de oro ó de plata en cuarterones de una extension considerable, labrado en guirnaldas, en rosetones, en figuras de toda clase, saliendo de sus baños galvánicos con toda perfeccion, sin retoques, sin la obra subsiguiente del cincel, ornatos que cubren enteramente el vagon.

Hay en este vagon tres compartimientos, á saber, una ante-sala ó vestibulo, un salon y otro cuarto. Cada compartimiento se halla indicado por aberturas proporcionadas, entre las cuales se extienden los ornatos: son figuras simbólicas del cristianismo, ángeles, medallones adornados con cruces en las partes inferiores, y medallones representando los apóstoles, seis á cada lado, pintados en cobre galvanizado por M. Gerome. En ambos lados se ven las armas del papa Pio IX pintadas tambien en grandes proporciones. En los cuatro ángulos hay grifos de cobre ejecutados por el mismo procedimiento, y coronados con las figuras emblemáticas de los cuatro evangelistas.

En los tarjetones de los basamientos hay inscripciones latinas tomadas del cap. III del evangelio, según san Lucas. Merecen citarse por su oportunidad.

«Todo valle se henchirá; y todo monte y collado será abajado; y lo torcido será enderezado y los caminos fragosos » allanados.»

Tomados á la letra estos textos presentan una descripcion completa de la locomocion sobre los carriles.

Corona el vagon pontificio una tiara soberbia del tamaño natural, de cobre galvánico con sus tres coronas, adornadas de pedrerías simuladas que descausa en una tabla de bronce de igual procedencia.

Terminaremos diciendo que según los procedimientos antiguos para la fundicion del cobre, los cincelados, los dorados ó plateados al fuego, etc., el gasto de fabricacion de una obra semejante se elevaria considerablemente sobre el que ha ocasionado con el nuevo sistema. Debá decirse pues que ese sistema reúne á la perfeccion del producto el mérito de la economía.

Vamos á concluir con una anécdota que se ha contado mucho esta semana. — Una actriz de uno de los principales teatros de la capital contaba entre sus admiradores un sugeto de distincion que quiso obsequiarla con delicadeza.

Para ello imaginó arrojarla al tablado un soberbio ramillete y en él un broche de diamantes con una carta en que la suplicaba conservara ese recuerdo desinteresado de un hombre á quien había seducido con su talento.

Efectivamente, una noche en que la actriz había sido aplaudida sobremanera, cayó á sus piés el ramo del generoso admirador con los susodichos accesorios.

La cómica recogió las flores, se las llevó á su casa y las puso en un jarron de porcelana de Sevres, despues de haber guardado la joya y leído la carta en que se la pedia su eterna conservacion. Pero ¡ay! una actriz parisiense necesita otra cosa que recuerdos; desdeñosa de los trofeos de su triunfo, indiferente á los homenajes del entusiasmo, y sin tomar en cuenta la recomendacion de la carta, se apresuró á vender el broche de diamantes con una pérdida de cincuenta por ciento. La casualidad quiso que acudiera al mismo joyero de cuya casa había salido, de modo que su admirador pudo ver tres dias mas tarde en la muestra aquella alhaja que había mandado hacer para la actriz, y que le había costado cerca de diez mil francos. Todo esto ha sido tan público que al contarlo, aunque hubiéramos dicho los nombres, no habríamos divulgado ningun secreto.

MARIANO URRABIETA.

Serenata en Pinto.

Al dintel de tu puerta  
Ladrando vengo,  
Porque piense tu madre  
Que es algun perro.

Echame, niña,  
Tu corazon reuelto  
Con tu saliva.

Ayer tarde te he visto  
Las pantorrillas,  
Y quise por besarlas  
Volverme liga.

Que desde entonces  
A mi alma en sus nudos  
Le das garrote.

Cuando da alguna niña  
Besos al gato,  
Por corona en la frente  
Le sale un rabo.

Por eso llevan  
Sus guirnaldas de pelo  
Las madrileñas.

Nunca gastes, bien mio,  
Las faldas huecas,  
Que así están las campanas  
De las iglesias;

Y ya tú sabes  
Que aquellos esquilones  
Todos los tañen.

Para amarme no vietas  
Mares de llanto,  
Que mas lloran las fuentes  
Y no hago caso;

Y amor, que es niño,  
Se enfria con el aire  
De los suspiros.

A millones sus ojos  
Abre la noche,  
Y envidiosa contempla  
Nuestros amores:  
Es que te accha  
Por decirme si otro hombre  
Viene á tus rejas.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



NUEVA ENTRADA DEL JARDIN DE TULLERIAS POR UN PUENTE PRACTICADO BAJO EL TERRADO DE LA ORILLA DEL SENA.

### El paso de la Línea

Á BORDO DEL TRASPORTE FRANCÉS EL *Saône* CON DIRECCION Á LA CHINA.

M. A. Theil, un guardia marina de primera clase embarcado en el *Saône* con 550 soldados que salieron de Francia para la China, ha escrito la siguiente descripción de la ceremonia del *bautismo de la Línea*, que creemos interesará á nuestros lectores.

Era el 26 de marzo á las seis de la tarde y acabábamos de levantarnos de la mesa. En los grupos de un

numeroso estado mayor reunido sobre la toldilla del *Saône* se fumaba y se hablaba con delicias de la frescura de la noche despues del calor sofocante de aquel dia. De repente se oyó un ruido parecido al del trueno, y una lluvia de judías secas se precipitó sobre el puente con el impetu de una granizada. Luego el trueno calló y cesó de caer el granizo. Entonces una voz majestuosa resonó en el espacio llamando al buque. El comandante tomó la bocina, y volviéndose hácia el lado de donde venia la voz misteriosa respondió:

— Hablad, os escucho.

La voz continuó en estos términos:

— ¿De dónde venis?  
— De Gorea, y antes de Brest.  
— Y á dónde vais?  
— A la China.  
— ¿El nombre del buque?  
— El *Saône*.

— Comandante, vais á entrar dentro de poco en el imperio de *Monsieur la Ligne*; pensad que su poderío es muy grande y su cólera funesta. Someteos, pues, á su voluntad y obedeced cuando él mande. He dicho.

La voz se calló y el trueno resonó nuevamente acompañado de granizo. De repente la muchedumbre que es-



EL PASO DE LA LINEA. — DESFILE DEL CORTEJO DIRIGIENDOSE AL TEATRO DEL BAUTISMO.



TEATRO DEL BAUTISMO VISTO DE LA TOLDILLA, AL SALIR DE LA TINA EL PACIENTE.

taba á popa abrió calle respetuosamente para dar paso al mensajero de *Monsieur la Ligne* que llegaba acompañado de un edecán y precedido de un heraldo que arrojaba puñados de harina al rostro de los curiosos. Entrambos montaban caballos improvisados, bajo cuyos arcos sin mucha indiscreción habrían podido descubrirse seres humanos que galopaban perfectamente.

Al llegar junto á la toldilla los dos ginetes se apearon, amarraron sus monturas á la escala, y subieron con presteza sobre la toldilla donde les esperaba el comandante. Hubo una entrevista secreta, y luego el heraldo que era portador del costal de harina sacó de un cesto una porción de platos cargados de fruta de sartén que distribuyó generosamente entre el estado mayor.

Los plenipotenciarios de *Monsieur la Ligne* anuncia-

ron al comandante que su señor tendría mucho gusto en presentarle al otro día á *Madame la Ligne*, su esposa, y se dispusieron á retirarse. Pero el comandante les suplicó que pasaran un momento á su cuarto á tomar algún refresco, lo que aceptaron con entusiasmo.

Concluido el refresco la diputación volvió á montar, y atravesó de nuevo la muchedumbre, que por segunda vez fué inundada de harina.

Cuando llegó el instante de leer en alta voz los castigos del día, el teniente se descubrió y dijo:

— En nombre del venerable *Monsieur la Ligne*, quedan perdonados todos los castigos.

A estas palabras un grito inmenso de ¡viva la Línea! hizo temblar el buque.

Al otro día 27 de marzo debía pasar la Línea el *Sabne*,

y por consiguiente debía celebrarse la fiesta del bautismo.

A las once y media dos astrónomos con el traje burlesco que tienen en el primer dibujo se presentaron sobre la toldilla, el uno armado con un sextante fabuloso construido con madera blanca bajo la dirección del carpintero, y el otro con un cronómetro gigantesco hecho con un disco de corcho. Iban á medir la altura del sol para determinar la latitud meridiana y luego deducir de sus observaciones la latitud, que el oficial había tenido cuidado de calcular para mayor seguridad. Inútil es decir que todo esto era un pretexto para bromas.

Según las observaciones formales se debía pasar la Línea á la una y veinte minutos.

Entonces se oyó el tambor á proa. La muchedumbre



BAILE NOCTURNO EN CELEBRACION DEL PASO DE LA LINEA.

se puso en movimiento subiéndose á las escalas para ver mejor, y el cortejo de *Monsieur la Ligne* avanzó lentamente por el pasamano de babor. El dibujo nos dispensa de toda descripción. El carro estaba hecho con una cubierta de obus, aros de toneles y banderas; los trajes con pabellones.

El cortejo dió una vuelta á la toldilla y fué á colocarse sobre el alcázar donde se había cerrado un espacio con pabellones, y donde había un altar, una tina y asientos.

*M. y Mme la Ligne* se sentaron en unos sillones y el sacerdote colocado en una manga de viento dirigió á todos los asistentes un discurso cuyo resumen es este:

« Mis queridos hermanos:

» Hace calor aquí; teneis sed, y vuestros alimentos no son de los mas exquisitos; siempre carne salada y judías eternamente. ¿Porqué os quejais? ¿No comprendéis que cuanto mas hayais sufrido con la sed y las privaciones de todo género, mas alegría habrá en vuestro corazón cuando llegados á la tierra prometida podreis sumergiros en las delicias de una buena mesa? Sufrid con resignación, y si os sentís abatidos pensad en el buen vino que os espera. Suplicad á *Monsieur la Ligne* que os le dé á probar; es la gracia que os deseo: Amen. »

Después de este discurso, los gendarmes llegaron á la toldilla con la lista de las personas que nunca habían pasado la Línea, é invitaron al coronel de infantería de marina á que los siguiera. Entonces principió el bautizo por orden gerárquico; la ceremonia fué igual para todos.

El paciente llegaba cerca de la tina; le hacían sentar en una tabla puesta encima de ella y cubierta con un pabellón; fingían afeitarse, operación que costaba cinco francos; el sacerdote le hacia jurar cosas que no me es posible consignar aquí, y entonces le permitía retirarse; pero en el mismo instante quitaban de repente la tabla en que estaba sentado, y se hallaba sumergido hasta la barba y hasta las rodillas. En cuanto podía salir de la tina para echar á correr, el caño de una bomba de apagar fuegos se introducía por los pabellones del fondo y perseguía con su chorro poderoso al infeliz que por lo regular se escurría y caía sobre cubierta. Dos diablos se precipitaban entonces sobre él, le impedían que se levantara, y le hacían estarse quieto bajo el caño de la bomba, hasta que la energía de la desesperación triunfaba en fin de todos los obstáculos.

Durante este tiempo los oficiales que habían sido bautizados ya habían conquistado el derecho de echar agua á los otros, y usaban de este derecho vaciando cubos llenos sobre el paciente.

El oficial de guardia encargado por *Monsieur la Ligne* de hacer atravesar su imperio al *Saône* se divertía en dar las órdenes mas burlescas. Cuando todo el estado mayor estuvo bautizado regaron á la tripulación y á los pasajeros de una sola vez.

A las tres de la tarde estaba concluido el bautismo; la gente se fué á mudar de ropa, y una hora después los oficiales y guardias marinas reunidos en una mesa de cuarenta y cinco cubiertos festejaban alegremente y con repetidas libaciones el paso de la Línea.

Por la noche el alcázar fué iluminado por la doble luz de los fanales y de la luna. *Madame la Ligne* suplicó al comandante que abriera el baile. El teniente y los oficiales siguieron el ejemplo dado por el comandante, y la orquesta, que la componían tres sargentos pasajeros, violín, flauta y piston, ejecutó una brillante contradanza arreglada para esos tres instrumentos por el cabo Lefaucheur. El baile estuvo alegre y animado. A las once los últimos acentos de la orquesta morían llevados por la brisa.

Esto ocasionó otras fiestas que trasformaron alternativamente el *Saône* en una sala permanente de baile y de espectáculo. Los instigadores del movimiento habían comprendido que solo hay un recurso para evitar las enfermedades tan frecuentes á bordo de un buque lleno de pasajeros para una travesía larga, y que este recurso consiste en distraer á la tripulación y divertir la.

A. T.

## LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

— Son celos y nada mas, contestó Jorge; todas las mujeres son lo mismo.

— No olvidéis á los hombres, repuso Rebeca; ¿la otra noche no estábais vos celoso en la ópera del general Tutto? ¿Y él no lo estaba de vos? Creo que me habría devorado cuando estaba con Amelia... Y lo cierto es que me ocupo tanto del general y de vos como de la cabeza de un alfiler...

Y al pronunciar estas palabras hizo un movimiento desdenoso. Luego prosiguió diciendo:

— ¿Queréis comer conmigo? Hoy estoy sola. Mis dos dragones comen en casa del general en jefe. Pero ¿no sabéis la noticia que corre? Parece ser que los franceses han pasado la frontera. Comeremos en una paz octaviana.

Jorge aceptó á pesar de que su mujer se hallaba indisputada. Llevaba mes y medio de matrimonio, y ya otra mujer podía dirigir contra Amelia sus dardos emponzoñados sin que el buen marido contestara. Su con-

ciencia le decía que obraba mal, pero preciso es resignarse cuando tercia en el asunto una mujer bonita.

Como Amelia, en vez de cansar á su marido con quejas celosas, se resignaba á ser desgraciada y á derramar lágrimas en el silencio y el abandono, Jorge quería persuadirse que no alimentaba la menor sospecha de lo que no era un secreto para nadie, de sus locas intrigas con mistress Crawley. Daba paseos con ella cuantas veces Rebeca podía desembarazarse de su general, y Jorge pretextaba asuntos del servicio con Amelia, á quien no engañaba con esos pretextos.

En tanto que su mujer pasaba las noches en la soledad ó en compañía de su hermano, él iba á casa de Crawley, perdía su dinero contra el marido, y se lisonjeaba con la dulce ilusión de que la mujer le amaba locamente. No se puede decir que esas dos personas se hubieran puesto de acuerdo para robarle; pero en fin la mujer se había otorgado el cuidado de aturdirle con sus zalamerías, y el marido se dió el de vaciar su bolsillo. Osborne podía ir y venir por la casa sin que nunca se alterase el buen humor de Rawdon.

Tanto iba Jorge á casa de sus amigos que ya apenas veía á William Dobbin. Hasta evitaba su compañía en la sociedad y en el regimiento, porque ya sabemos que no era aficionado á oír sus sermones.

Desde el tiempo de Dario no ha habido ejército que sobrepujara ni aun igualara en los esplendores de su cortejo al que mandaba el duque de Wellington en 1815 en los Países Bajos. Las fiestas y los bailes se prolongaron, digámoslo así, hasta la víspera de la batalla.

El baile dado en Bruselas el 15 de junio de ese año por una duquesa, es una fiesta histórica. Toda la ciudad de Bruselas estuvo conmovida, y sería difícil dar aquí una idea de las luchas, de las maniobras y las suplicas á que fué preciso recurrir para alcanzar billetes.

José y mistress O'Doow, á pesar de sus deseos y esfuerzos, los solicitaron en vano. Los otros amigos nuestros fueron mas dichosos. Gracias á la intervencion de millor Bareacres, que devolvía así de un modo económico el obsequio de la comida, Jorge obtuvo una carta para él y mistress Osborne, lo que aumentó, si era posible, la vanidad de sus sentimientos. Dobbin, amigo del general bajo cuyas órdenes estaba su regimiento, se presentó un día muy alegre á enseñar á mistress Osborne una esquila de convite. José tuvo celos, y Jorge se preguntó con sorpresa qué es lo que William tenía que hacer en aquellos salones aristocráticos. Rawdon y Rebeca fueron invitados como amigos del general que mandaba la brigada de caballería.

Jorge eligió para su mujer los trajes mas elegantes y los aderezos mas nuevos; pero la pobre Amelia, una vez en el baile, no halló á nadie á quien dirigir la palabra.

Lady Bareacres apenas respondió al saludo de Jorge, y le volvió la espalda. Jorge dejó á Amelia en un banco entregada á sus reflexiones. La pobre mujer estaba asaltada por los pensamientos mas tristes, y nadie, excepto Dobbin, vino á sacarla de sus meditaciones.

El descalabro fué completo para Amelia, y Jorge se mordía los labios de rabia.

En cambio Rebeca obtuvo un gran triunfo; llegó muy tarde; su rostro estaba radiante, y su prendido era de un gusto exquisito; su entrada hizo sensación entre tanto personaje, y todos los ojos se clavaron en ella. Rebeca se mostraba con tanta naturalidad como si se hubiera hallado á la cabeza de las colegialas de miss Pinkerton para llevarlas al templo.

La muchedumbre de los elegantes y de los hombres á la moda formaron corro en torno de mistress Rawdon; mas de cincuenta caballeros solicitaron el honor de bailar con ella; pero la jóven contestó que estaba comprometida, que bailaría muy poco, y al fin se abrió paso hasta el lugar en donde Amelia sufría un suplicio terrible.

Fué el golpe de gracia para esta criatura el ver que Rebeca la tomaba bajo su protección y la dirigía las protestas mas afectuosas. Mistress Rawdon criticó algunos detalles defectuosos de su tocado y de su vestido, y la preguntó porqué no se había calzado mejor. La dió las señas de su corsetera, y luego la hizo elogios del baile; dijo que estaba brillantísimo, y que reinaba en él mucha intimidad. Apenas se veían algunas caras desconocidas.

Quince dias y tres comidas de etiqueta bastaron para que esa jóven se familiarizara con la lengua de los salones, que hablaba ya tambien como el primero de los indígenas.

Jorge había dejado sola á su mujer, pero en cuanto vió á Rebeca al lado de su querida amiga, se fué á ella. Justamente entonces Rebeca hablaba á Amelia de las locuras de su marido en estos términos:

— Por amor de Dios, impedidle que juegue, porque se arruinará. Todas las noches juega con Rawdon, que pronto le llegará á ganar su último chelín, porque no es rico. Tratad de moderarle, sois muy descuidada. Venid á pasar las noches con nosotros en vez de aburrirnos con el capitán Dobbin. Convengo en que es muy amable; pero ¿quién puede querer á un hombre con piés como los suyos? Vuestro marido sí que tiene unos piés de señorita. Pero aquí llega; ¿de dónde venís, atontado? Dejais sola á mi pobre amiga, y os vais á divertir en tanto que ella llora como una Magdalena. Mas veo que venís á buscarme para la contradanza, ¿no es verdad?

Y al mismo tiempo se desembarazó de su ramillete y de su chal que dejó al lado de Amelia, y tomando el brazo de Jorge, se fué hacia los grupos de los bailarines.

Unicamente las mujeres saben hacer heridas tan horrorosas; la punta acerada de sus dardos lleva un veneno mil veces mas peligroso que las armas melladas y pesadas del hombre. La pobre Amelia, cuyo corazón no conocía ni el odio ni el desden, se hallaba entregada sin defensa á su enemiga.

Jorge bailó dos ó tres veces con Rebeca. Amelia ni siquiera lo notó, y nadie paró su atención en ella, excepto Rawdon, que la fué á decir algunas de sus frases descosidas, y el capitán Dobbin, que al cabo de algunas horas armándose de valor la llevó un sorbete y se atrevió á sentarse á su lado. No la hizo ninguna pregunta acerca de las causas de su tristeza; las conocía demasiado. No pudiendo ocultarle las lágrimas que llenaban sus ojos, le dijo que mistress Crawley había turbado su alma diciéndola que Jorge seguía tan apasionado al juego como siempre.

— ¿En qué lazos tan toscos cae un hombre dominado por esa pasión? dijo el capitán.

— ¡Ay! exclamó Amelia dominada por un gran dolor, en el cual no entraban por nada las pérdidas de dinero.

Por fin llegó Jorge, pero venía á buscar el chal y las flores de Rebeca. Se marchaba sin despedirse de Amelia. La pobre criatura, silenciosa como un mármol, vió á su marido alejarse suavemente. Su cabeza volvió á caer sobre su seno. Dobbin había sido arrastrado á otra parte por su amigo el general, y no presenció ese último dolor añadido á tantos dolores.

Jorge entregó á Rebeca el ramillete, en el cual se ocultaba como una serpiente un billete amoroso.

El ojo de Rebeca le descubrió al punto; su educación había recibido un desarrollo precoz en el capítulo de esos mensajes. Tendió la mano, tomó el ramillete, y Jorge pudo leer en su mirada que había adivinado la presencia del papel.

Rawdon se hallaba sin duda demasiado ocupado en sus ideas personales para observar las señales de inteligencia cambiadas entre su mujer y su amigo en el momento de la despedida.

Amelia vió en parte la escena del ramillete; era demasiado.

— William, dijo tomando convulsivamente el brazo de Dobbin que se encontraba junto á ella, no me siento buena... quisiera ir á casa...

Sin pensar le había llamado por el nombre de William como hacia Jorge. Amelia vivía á corta distancia; pero en el camino pudo observar una agitación inusitada en la calle.

Repetidas veces Jorge había reñido á su mujer por haberle esperado hasta las altas horas de la noche, y á fin de evitar esta reconvencción, así que llegó se retiró á su cuarto. La fué imposible dormir, y sin embargo, no ahuyentaron su sueño el tumulto y el ruido de caballos que fuera se sentía; nada de esto oyó: otras preocupaciones embargaban su ánimo y causaban su insomnio.

Osborne, loco con el triunfo que acababa de alcanzar, se dirigió á una mesa de juego, y se puso á jugar con loca audacia. La suerte le fué propicia.

— Todo es suerte esta noche, se decía con entusiasmo. Su fortuna en el juego no contribuyó á calmar la exaltación de su alma. Se levantó al cabo de algunos instantes llevándose las monedas de oro que había ganado, y se fué al ambigü á tomar algunas copas de ponche.

Apostrofaba á todos los que se acercaban á él, se reía en alta voz y gritaba. Allí le encontró Dobbin, cuyo rostro pálido y sombrío contrastaba con el aire animado de Jorge.

— Dobbin, una copa; el vino es exquisito; ¡eh! señores, mas champaña.

Y con mano trémula Jorge alargaba su copa para que la llenaran de nuevo.

— Vámonos, Jorge, dijo Dobbin con seriedad; habeis bebido demasiado.

— Dejadme en paz, no es hora todavía.

Dobbin llevándose aparte le dijo algunas palabras al oído; Jorge se estremeció, y después de exhalar una exclamación de asombro, soltó su vaso, dejó la mesa y partió sin mas tardanza del brazo del capitán Dobbin.

— El enemigo ha pasado el Sambre, le dijo William; nuestra izquierda está empeñada, y estaremos en marcha dentro de tres horas.

Jorge experimentó un temblor nervioso al oír esta noticia tan deseada, pero que caía sobre él con la rapidez del rayo. ¿Qué lejos se encontraba ahora de sus intrigas amorosas, de la embriaguez de una pasión culpable! Mil pensamientos cruzaron por su mente; reflexionaba, al salir de aquella casa, en las vicisitudes de su vida, en el destino que le reservaba el porvenir; pensaba en su mujer, en el hijo que quizá no vería nunca. ¡Ah! ¡cuánto habría deseado echar un velo sobre aquella cuyos recuerdos todos eran otros tantos remordimientos! ¿Podría decir adios con la conciencia tranquila á la inocente criatura cuyo amor había despreciado con una frialdad tan insultante.

Al cabo de algunas semanas de matrimonio ya no le quedaba nada de su modesta fortuna. ¿No era esto por su parte el colmo del egoísmo y de la indiferencia? Era indigno de tener una mujer semejante. ¿Qué la dejaría si llegaba á morir?... Pero tambien ¿porqué se había casado? Los deberes de marido no estaban conformes ni con su carácter ni con sus gustos. ¿Porqué había desobedecido á su padre siempre tan generoso con él? La esperanza, el remordimiento, la ambición, la ternura y un poco de egoísmo agitaban tumultuosamente su alma.

Se sentó y escribió á su padre; el alba comenzaba á rayar cuando cerró su carta, que selló y besó con cariño; pensaba en el aislamiento de aquel desgraciado anciano, en los mil testimonios de bondad que había recibido en medio de sus severidades.

Cuando entró en su habitación arrojó una mirada al lecho en donde descansaba Amelia; una respiración suave se escapaba de su seno; sus ojos estaban cerrados, creyó que dormía y se regocijó al ver la calma de sus facciones.

Su asistente se ocupaba ya en los preparativos de la marcha; con una señal le dió á entender que lo dispusiera todo sin hacer ruido.

Jorge no sabía si despertar á Amelia ó encargarse á José que la diera la noticia de su marcha; en esta duda entreabrió la puerta para contemplarla por última vez.

Cuando él llegó no dormía, pero se había quedado con los ojos cerrados. Quería libertarle aun de los remordimientos de los insomnios que la causaba, pero al volverle á ver de nuevo al cabo de un tiempo tan corto, su corazón temeroso se dilató, hizo un movimiento hácia él cuando se retiraba de puntillas, y luego se durmió con un sueño apacible. Al entrar Jorge otra vez con muchas precauciones para la suprema despedida, pudo distinguir á la débil claridad de la lamparilla aquel rostro pálido y suave cuyos párpados enrojecidos por las lágrimas se hallaban medio cerrados. ¡Qué pureza en sus facciones! ¡qué gracia, qué dulzura, y al mismo tiempo qué tristeza! ¡Ah! sus faltas le aparecían entonces en toda su inmensidad; con la frente ruborizada y la desesperación en el alma, se detuvo al pie de la cama á contemplar el sueño de aquella divina criatura.

Pero en tanto que permanecía así inclinado sobre aquella fisonomía hechicera inmóvil en la almohada, dos brazos enlazaron tiernamente su garganta.

— Jorge, estoy despierta, exclamó Amelia con un sollozo capaz de hacer saltar su pobre corazón.

¡Despierta!... sí, despierta para mayor dolor; pues en el mismo instante las notas agudas del clarín resonaron en la plaza de Armas para correr de allí por toda la ciudad, que muy en breve salió de su sueño aquella noche.

## XXX.

## LA MARCHA.

No elevamos nuestras pretensiones hasta el punto de querer figurar entre los narradores de batallas. Nuestro lugar está fuera de la pelea, y no queremos abandonar-le. Así es que después de haber acompañado al regimiento en donde figuran nuestros personajes hasta las puertas de la ciudad, volveremos á nuestras señoras. Mistress O'Doow se asomó al balcón cuando pasaba el regimiento, y todos los oficiales la saludaron cortesmente. Si no acompañaba á su marido al campo de batalla, no era por falta de valor, sino únicamente por un sentimiento de delicadeza femenina.

Bien persuadida de la inutilidad de toda pena que solo puede tener por resultado el aumentar nuestra desgracia, Rebeca juzgó á propósito dispensarse de toda emoción en este caso, y soportó la marcha de su marido con un heroísmo espartano.

Sin embargo, antes de partir, Rawdon, después de haber echado la cuenta de todo lo que dejaba á su querida esposa, la tomó en sus brazos, la estrechó tiernamente contra su corazón durante largo tiempo, y luego la dejó y salió con lágrimas en los ojos. Un buen rato caminó al lado del general guardando el silencio mas profundo, hasta que llegaron á reunirse con el grueso de la tropa; entonces cesó de atusarse el bigote y rompió el silencio.

Rebeca, como hemos dicho ya, no había querido entregarse á demostraciones de dolor superfluas. Desde el balcón le hizo la postrera señal de despedida, y después se quedó algunos minutos disfrutando de la frescura de la mañana. Las torres de la catedral y los tejados de las casas comenzaban á resplandecer con los primeros rayos del sol; Rebeca no había descansado aun; su traje de baile, sus hermosos rizos que caían sobre su garganta y un círculo azul en torno de sus ojos, denotaban una noche en vela.

— ¡Qué fea estoy! dijo mirándose al espejo; este color de rosa me hace parecer muy pálida.

Y al punto se quitó el vestido. Del corpiño cayó un billete que recogió sonriendo y encerró en su tocador. Luego puso su ramillete en un vaso de agua, se arrojó en la cama y se durmió profundamente.

El mayor silencio reinaba en la ciudad cuando se despertó mistress Crawley á eso de las diez de la mañana; tomó su café con mucho gusto, y esto la ayudó á reponerse de las fatigas de la noche y de las emociones de la mañana.

Haciendo la recapitulación de las cuentas que había echado Rawdon, halló que su situación no era desesperada. Comprendiéndolo todo, dinero, alhajas y efectos con los regalos de su admirador el general, se encontraba con que poseía unas setecientas libras esterlinas para asegurar su entrada en el mundo, si quedaba viuda. Entre los papeles que contenía la cartera de Rawdon había un pagaré de veinte libras firmado por Osborne; con este motivo se acordó de Amelia.

— Iré á cobrar el pagaré, dijo, y después visitaré á mi amiga.

Si nuestra novela carece de héroes, al menos no se podrá decir que faltó una heroína. No se cree que se

hallará en todo el ejército inglés un hombre dotado de la fría impassibilidad de Rebeca.

Otra persona conocemos que aunque no es uno de los actores del drama sangriento que va á tener lugar á pocas horas de Bruselas, cae por esto mismo bajo nuestra jurisdicción; queremos hablar de José, cuyo sueño, como el de todo el mundo, fué turbado por el sonido de los clarines. Nuestro amigo en esto del sueño era de la familia de las marmotas; de modo que á pesar de todos los tambores y clarines del ejército inglés, sus ronquidos se habrían prolongado hasta la hora de costumbre, si una interrupción, que no fué causada por Jorge, no hubiera venido á sacarle de su letargo.

Jorge ocupaba una habitación contigua á la de José; pero sus preparativos y el pesar de dejar á Amelia no le dieron tiempo para acordarse de José que dormía profundamente.

Pero Dobbin se fué á la cama para darle un apretón de mano.

— Os agradezco mucho la atención, dijo José bostezando.

— No habría podido marcharme sin despedirme de vos, exclamó Dobbin, cuyas palabras confusas dejaban traslucir la confusión que reinaba en sus ideas; alguno de nosotros no volverá... y ya conoceis... que no podía...

— No os comprendo, repuso José restregándose los ojos.

El capitán, aunque hablaba con José, tenía su atención en otra parte. El hipócrito dirigía todas las facultades de su alma hácia el lado de la habitación de Jorge, con la esperanza de recoger un murmullo, de distinguir una sombra fugitiva. Iba y venía por el aposento de José, movía las sillas, tocaba el tambor en los cristales, se roía las uñas y daba mil pruebas inequívocas de la agitación de su alma.

José, que nunca había tenido una idea muy elevada del capitán, empezó á tener sus dudas acerca de su valor.

— ¿Queréis alguna cosa en que yo pueda servirlos? le preguntó con un acento irónico.

— Voy á decíroslo, respondió el capitán acercándose á la cama. El regimiento parte dentro de una hora, y quién sabe cuál será la suerte de Jorge y la mía... No saldréis de esta ciudad sin hallaros bien al corriente del estado de las cosas. Vuestro deber os manda permanecer al lado de vuestra hermana para infundirle valor y protegerla contra todo peligro. Si le sucediera alguna desgracia á Jorge, á vos tocaría el cuidado de defenderla; en caso de una derrota, tendríais que llevárosla á Inglaterra. Dadme pues vuestra palabra de que no la abandonaréis... pero no necesito arrancaros esa promesa. En cuanto á dinero, yo tengo, os lo ofrezco de todo corazón; si llegara aquel caso terrible, podríais efectuar vuestro regreso á Inglaterra?

— Capitán, respondió José con aire majestuoso, cuando necesito dinero, sé donde tomarlo; y en cuanto á mi hermana, conozco cuáles son mis deberes.

— Hablais como un hombre de honor, José, respondió el buen Dobbin, y me alegro que Jorge deje á su señora en tan buenas manos. ¿Podría repetirle vuestra palabra de que hallará en vos apoyo y protección si se viese amenazada de algun peligro?

— Seguramente, respondió José.

Dobbin sabía que los sacrificios de dinero no serian nunca los mas costosos para el hermano de Amelia.

— Con que en caso de derrota la acompañaréis fuera de Bruselas hasta que se halle en seguridad.

— La derrota es cosa imposible, capitán; en vano queréis asustarme, vociferó el héroe con energía.

El capitán se tranquilizó al ver estas disposiciones.

— Al menos, pensaba Dobbin, podrá retirarse ella si van mal nuestros asuntos.

Si el capitán Dobbin se había prometido antes de su marcha tener con la vista de Amelia un postrer consuelo, este movimiento de egoísmo halló su castigo en la satisfacción misma del deseo que le había inspirado.

Un salón común á la familia separaba el cuarto de José del de Amelia. En esta pieza el criado de Jorge arreglaba las cosas que su amo le traía. Por las puertas medio cerradas Dobbin pudo contemplar otra vez las facciones de Amelia. Pero ¡ay! en su fisonomía se hallaban pintados el abatimiento, la palidez, la desesperación!...

Este recuerdo atormentó por un tiempo muy largo el alma de Dobbin; aquella imagen le aparecía como un remordimiento por entre las inquietas angustias de una ternura compasiva.

Se había puesto de prisa su peinador de mañana; sus cabellos caían en desorden, sus grandes ojos estaban apagados y fijos. Como para ayudar á los preparativos de marcha y probar que en tan críticas ocasiones también ella podía ser útil, había sacado de la cómoda el cinturón de Jorge, y sin soltarle de la mano, seguía á su marido paso á paso y en silencio.

Entró en el salón, y allí, apoyada en la pared, estrechaba sobre su seno el cinturón cuya faja carmesí bajaba como un largo rastro de sangre. A la vista de tan penoso espectáculo, nuestro sensible capitán oyó una voz acusadora que gritaba en su conciencia.

— ¡Dios mío! se decía, no he sabido respetar el misterio de esa afición.

Era uno de esos dolores inmensos que las palabras no pueden calmar ni dulcificar. Penetrado de la mas viva simpatía, se detuvo un momento á contemplar á aquella mujer con la ternura de una madre que ve padecer á su hijo.

Por fin Jorge tomó la mano de Amelia, la llevó á su

cuarto y apareció inmediatamente, pero esta vez solo. Se había despedido ya y salió al instante.

— Gracias á Dios, pensó Jorge bajando la escalera con su espada bajo el brazo, ya he pasado ese terrible momento.

Y se fué corriendo al punto de reunión, al que soldados y oficiales llegaban de todos lados y en tumulto. Su pulso latía fuertemente, sus mejillas estaban encendidas; se trataba de una cosa muy seria.

El sol se mostraba apenas en el horizonte cuando el regimiento se puso en marcha; era hermoso ver el aire marcial de toda aquella gente, con la música al frente tocando una marcha guerrera.

## XXXI.

## SACRIFICIOS DE JOSÉ SEDLEY POR SU HERMANA.

En tanto que cada uno de los oficiales iba á ocupar en el campo de batalla el puesto que le estaba señalado, José Sedley se quedaba en Bruselas para mandar en la pequeña colonia que conocemos ya. Como compensación del trastorno que le habían ocasionado las confidencias de Dobbin y los acontecimientos de aquella mañana, prolongó muchas horas las delicias de la cama, y sin esperanza de reconciliar el sueño en el punto en que le había dejado, se puso á reflexionar, hasta la hora de levantarse, en las circunstancias actuales.

Con la ausencia de Jorge, José Sedley se encontraba mas á su gusto. Quizá en el fondo de su corazón se alegraba de la marcha de Osborne; pues cuando este se hallaba en la casa, su papel era muy secundario: Jorge no disimulaba el desprecio que sentía por el tal personaje.

Amelia, por el contrario, atendía mucho á él, y con sus cuidados y su dulce sonrisa sabía hacerle olvidar la ira y los desprecios de su marido.

Al ver el sombrero redondo y los guantes del capitán sobre el aparador, José pensaba con alegría que el dueño de esos objetos estaba ya lejos.

Volviéndose hácia su criado Isidoro, le dijo:

— Llevad el sombrero del capitán á la antesala.

— Quizá no le necesitará mas, dijo el lacayo respondiendo al pensamiento de su amo.

También detestaba á Jorge que le trataba con la mayor insolencia.

— Id á decir á la señora que está servido el almuerzo, añadió M. Sedley con una dignidad majestuosa, y desdeñando entrar en explicaciones con un criado sobre la aversión que tenía á Jorge.

Sin embargo, no siempre se había mostrado tan discreto, y mas de una vez, en presencia de Isidoro, había dado libre curso á su mal humor contra su cuñado.

Pero ¡ah! la pobre señora no se hallaba en estado de presentarse; según la respuesta de su doncella, desde la marcha de su marido se encontraba en una agitación extraordinaria. La mayor muestra de simpatía que su hermano pudo darle en aquella ocasión, fué llenar para ella una inmensa taza de té; cada cual tiene su manera de manifestar su ternura.

Isidoro había mirado con aire socarrón al criado de Osborne cuando arreglaba las cosas para la marcha. Primeramente quería mal á M. Osborne por el desprecio con que le trataba; los criados del continente son poco sufridos generalmente hablando. Y después se entristecía al ver que tantos objetos de valor se escapaban á su codicia para pasar á otras manos que las suyas después de la derrota de los ingleses.

La derrota de los aliados parecía cosa inevitable á la mayor parte de las personas que á la sazón se encontraban en Bélgica. Reinaba la opinión de que el emperador, después de haber acabado con los prusianos y los ingleses, se hallaría dentro de tres días en Bruselas. Por consiguiente Isidoro se atribuía ya todos los efectos y todos los muebles de sus amos, que si no querían perecer, debían escapar á toda prisa.

Por fortuna el pobre José no leía en los pensamientos del criado.

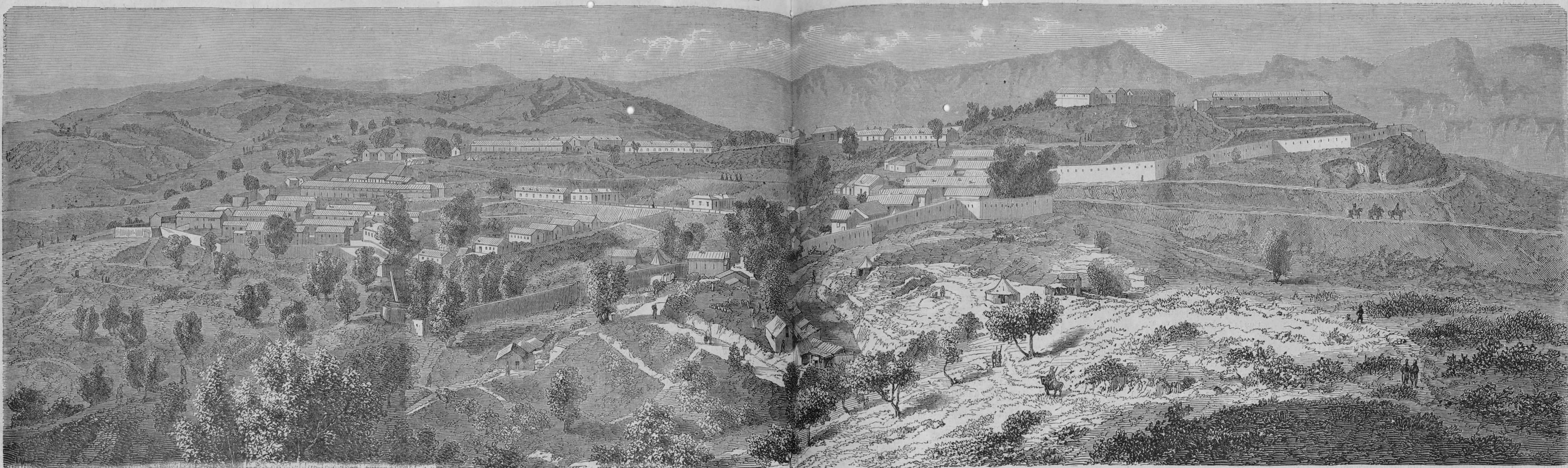
La doncella de Amelia no era culpable de unas miras tan interesadas. Nadie, ni aun las personas que la servían, podían acercarse á Amelia sin experimentar en su favor un sentimiento de cariño. Al ver que la joven permanecía horas enteras inmóvil y silenciosa en el balcón desde donde había visto desaparecer la última bayoneta del regimiento, la criada, tomándola la mano, la dijo con dolor:

(Se continuará.)

## El fuerte Napoleon en Suk-el-Arba (Kabília).

Hemos publicado en nuestro número 239 un dibujo representando la colocación de la primera piedra del fuerte Napoleon por el mariscal Randon, gobernador general de la Argelia, ceremonia pomposa que llamó mucho la atención de los kabilas.

No era fácil hallar entre montañas tan desiguales como las de la grande Kabília una meseta donde pudiera elevarse una construcción vasta con todas las condiciones de defensa. Toda la comarca se parece á las partes mas ásperas y escarpadas de la Suiza. Las poblaciones guerreras que la habitan unidas entre sí por antiguos lazos de una confederación verdaderamente nacional, han resistido hasta nuestros días á la invasión y á la



VISTA DEL FUERTE NAPOLEON, TOMADA DEL NORTE EL FUERTE SITUADO ENFRENTA DE LA PUERTA DE ARGEL.

autoridad de los dueños de la Argelia, y pueden al primer llamamiento reunir mas de 20,000 fusiles. Para reducir su hostilidad á la impotencia, ningun sitio era mas favorable que el Suk-el-Arba, uno de los principales mercados de los kabilas antes de la ocupacion francesa, que es á la vez el punto céntrico del territorio mas importante de la Kabilia, y el lazo de la mayor parte de los contrafuertes sobre los cuales se esparce la tribu

mas numerosa y mas influyente, la de los Beni-Raten.

La eleccion de la localidad no era la única dificultad que habia que vencer. Era preciso encontrar y extraer la piedra de construccion, descubrir el calcáreo, producir la cal, y sin hablar de otros mil detalles abrir los caminos de explotacion desde las canteras hasta el lugar del fuerte. Gracias á la inteligencia de los oficiales de

ingenieros Guillemant, Dambrun, Lanty y Willamme, gracias tambien á la direccion superior del general de Chabaud-Latour, que dirigió el trabajo de los soldados, animados por su parte del mayor celo, todos los obstáculos se superaron, y como por encanto quedó levantada la fortaleza soberana de la Kabilia.

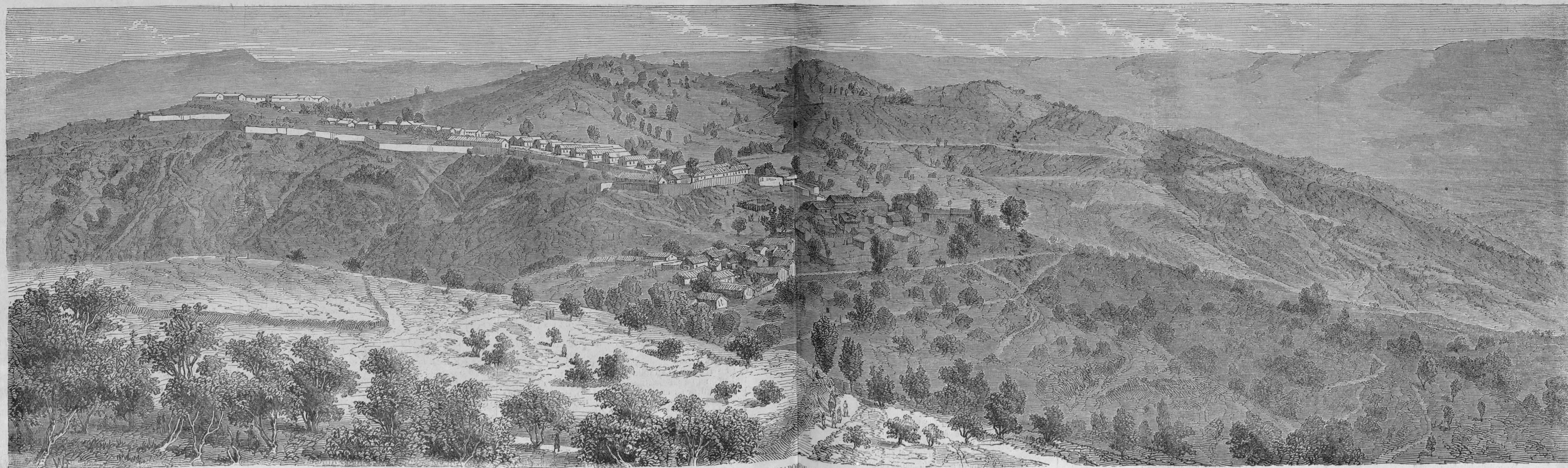
El camino que conduce de Sik-u-Meddur al fuerte Napoleon presentó al principio en su trazado obstáculos

inmensos, sobre todo entre Taksebt, situado á la falda de las montañas, y Taguert-Hala, donde toca á la cresta de los Beni-Irdjen. Entre estos dos puntos, la distancia á vista de pájaro es apenas de dos kilómetros y medio, la diferencia de nivel de 433 metros; á la derecha se encuentra Mestiga, una especie de concavidad natural por la cual toda carretera es imposible; á la izquierda reinan los flancos abruptos del valle del Ued-Habet,

cortados por barrancos, crizados de picos y privados de esos contrafuertes largos que permitiendo dar á los caminos un largo desarrollo, ofrecen la ventaja de suavizar las pendientes y de llegar insensiblemente á las alturas. No obstante, por medio de ese terreno debieron abrirse un paso los ingenieros, y trazar una carretera que llegara pronto á la cresta á fin de que se hiciera dominante, como todo camino militar sobre el pais.

De Taksebt el camino ejecutado se dirige por arriba de Suk-el-Had, pasa por las cuevas occidentales de Djemma y de Teranimt, deja esas dos aldeas al Oeste y desemboca en Taguert-Hala, presentando apenas algunos declives de poca importancia.

A lo largo de la cresta de los Irdjen el camino contornea siguiendo los accidentes del terreno, los cerros que coronan las aldeas de Tamzerit, Ait-Said-u-Zaggar, Iba-



VISTA DEL FUERTE NAPOLEON, TOMADA POR EL SUR.



chiren y Azuza, y se desarrolla en las mejores condiciones.

Por el otro lado de la garganta de Azuza se eleva la alta montaña de Aguemun. El camino trazado sobre su flanco al Norte y al Este pasa de allí sobre la cresta pedregosa de los Ait-Akerma y llega á la garganta de Icheriua y al fuerte Napoleon, despues de un trayecto de 23 kilómetros.

Esas obras gigantescas llevadas á cabo por los soldados con el mayor ardor quedaron terminadas en diez y siete dias.

El fuerte Napoleon cuya superficie es de 12 hectáreas encierra todos los establecimientos indispensables para una plaza de su importancia: cuarteles de infantería, cuartel de caballería, almacén de víveres, de forraje, de municiones, talleres de ingenieros, parque de artillería, manutención, hospital, cárcel, telégrafo, alojamiento del comandante superior, oficinas militares, oficina árabe, círculo de los oficiales, y fuentes alimentadas por manantiales abundantes que hay en los barrancos mas abajo de la aldea de Haddaden. Comprendidas en su perímetro están las casas de Icheriua reservadas para alojamiento de los oficiales, mediante una indemnización para los habitantes indígenas. El recinto de mas de 2 kilómetros de desarrollo, con diez y ocho fuertecillos bastionados, presenta sobre escarpes naturales muy temibles un relieve de 4 á 5 metros al abrigo de toda tentativa de escalada, cubriendo con el fuego de sus defensas las cuestas de la hermosa posición que ocupa, y reserva al mismo tiempo de los golpes del enemigo.

Durante la ejecución de las obras y en medio del movimiento de esa plaza naciente, no ha cesado de reinar allí el mayor orden, mantenido por la vigilancia solícita del general Chapuis.

En suma, una población entera ha salido de la montaña. Los Beni-Raten, despues de haber trabajado en la construcción del fuerte, continúan sus buenas relaciones con los soldados franceses, y les llevan diariamente á precios razonables una porción de artículos. Tambien se han establecido diligencias y omnibus que llegan allí de todos los puntos de la Kabília.

El fuerte Napoleon donde 300 hombres se defenderían fácilmente contra las fuerzas de toda la Kabília, ofrece buenos y sólidos abrigos á una guarnición compuesta de cuatro ó seis batallones de infantería, de destacamentos de artillería, de ingenieros, del tren y de los obreros de la administración que forman un total de 3,000 hombres con 100 caballos; asegura la dominación de las montañas, y da á la dominación francesa una base inexpugnable.

### A un amigo.

Si acaso, amigo y señor,  
Viviendo alegre en Llerena,  
Se te hace cuesta arriba,  
Actúdate de una sierra.

Reza alguna vez la salve  
(Si es que por desuido rezas),  
Y no olvidarás á los  
Desterrados hijos de Eva.

Yo lo estoy, por los pecados  
De mi desdicha, en Calera,  
Lugar que entre unas carrascas  
Escondió naturaleza.

Llegué, cuando resucitan  
Al juicio de mi trompeta  
Del sepulcro de sus chozas  
Veinte y dos almas de jerga.

No son mas sus moradores,  
Y todos juntos me llevan  
A una casa, vivo ejemplo  
De la mujer que se afeita.

Algo relumbrante el lejos  
Un poco pálido el cerca,  
Telarañas por de dentro,  
Y mucha cal por de fuera.

Dos cochinos al entrar  
Me dieron la enhorabuena;  
Que el trato con los franceses  
Me hizo entenderles la lengua.

Me recibió una patrona  
Ojiblanca y carinegra;  
Patrona, amigo, que puede  
Ser patron de las galeras.

Por el balcon de una toca,  
Mal tejida y bien deshecha,  
Asoma una contestura  
Que ni mi culpa es mas fea.

De los bajos del sayal  
En mil deshildados cuelgan

Unas como campanillas,  
Que tocan, pero no tientan.

Entre el montaraz melindre  
Unos piesecitos muestra,  
Largos como mi desgracia,  
Anchos como tu conciencia.

Al fin, perfilando el cuerpo  
Y bajando la cabeza,  
Entré á un cuarto, cuyas vigas  
Me hicieron ver las estrellas.

Era su interior adorno  
Al poniente una gatera  
Un bufete corcobado  
Y una silla patituerta.

Un medio agujero á un lado  
Está haciendo penitencia,  
Por la vanidad que tuvo  
De querer ser alhacena.

Sobre un poco de tomiza,  
Que entre dos palos se enreda,  
Se mira un colchon con menos  
Vellon que mis faldriqueras.

En el techo dos racimos  
Iban corriendo parejas  
Tras un pero mas podrido  
Que la sangre de mis venas.

Sobre el basar de un rincon  
Estaba una ratonera,  
Un corcho con sal, un cuerno,  
Y una santa Magdalena.

Los cuadros son: un san Juan  
Con su gorra y su bandera,  
Y un san Roque de papel  
Acancerada una pierna.

En seis ó siete personas  
A verme vino la aldea,  
Alcaldes, concejo, clero,  
Niños, mujeres y viejas.

Me daban Paternidad,  
Señoría y Excelencia,  
Y yo solo deseaba  
El que me diesen la cena.

Diéronmela finalmente  
Sobre la jibada mesa,  
Mas roida que un dichoso,  
Mas amarga que mis penas.

Sentéme de medio lado,  
Con tal hambre, que vendiera  
Veinte primogenituras  
Por un plato de lentejas.

El subcinericio pan  
Que Elías comió en la higuera,  
Parecia junto al mio  
Oriundo de Vallecas.

Galgos mis dedos cazaban,  
Despues de andar una legua,  
La pechuga de un conejo  
En el rincon de una ortera.

Porque la falta de vino  
Sabrosa el agua supliera,  
Me sirvió de postre aquello  
Que al pródigo de merienda.

Y echando la bendición  
Porque mi patrona huyera,  
Se finalizó el convite  
Y comenzó la tragedia:

Pues mi caballo Guzman,  
Por solo la impertinencia  
De un dolorcillo de tripas,  
Se murió como una bestia.

La falta de la botica  
Este daño recompensa,  
Porque puedo comprar otro  
Con lo que ahorré de recetas.

Estas son mis desventuras,  
Ponlas á sus piés, si llegan  
Al templo de las deidades,  
Para que así lo desmientan.

A mis jefes, compañeros  
Y amigos, si toman tierra  
En el puerto de este emporio  
Del cuartel de las tormentas,

Como antigua, poner puedes  
A st=arbitrio mi obediencia,  
Mientras para mi epitafio  
Se perficiona esta letra.

### SONETO.

Aquí yace en concreto un capitan  
Que in abstracto le dieron la ración:  
Un utensilio, un pan y una inspección  
Fué su cirro, apogema y zaratan.

Manda pues que le entierren en un pan,  
Por si vive, en oliendo el migajon,  
Y no doblen por el, pues la ocasión  
De su muerte fué solo el dan? dan? dan?

Muere en fin consolado; porque, en fin,  
Ya se lleva sabido qué es cafeth,  
Y á qué cosa le llaman botiquin,

Por mayorazgo pingüe deja el fueñh,  
Unas gacetas de la Alsacia y Rhin,  
Un cute, una botella y un feleth.

GERARDO LOBO.

### El murciélago alevoso.

#### INVECTIVA.

Estaba Mirta bella  
Cierta noche formando en su aposento  
Con gracioso talento  
Una tierna canción, y porque en ella  
Satisfacer á Delio meditaba,  
Que de su fe dudaba,  
Con vehemente expresión le encarecía  
El fuego que en su casto pecho ardía.  
Y estando divertida,  
Un murciélago fiero; suerte insana!  
Entró por la ventana;  
Mirta dejó la pluma sorprendida,  
Temió, gimió, dió voces, vino gente,  
Y al querer diligente  
Ocultar la canción, los versos bellos  
De borrones llenó por recogellos.  
Y Delio noticioso  
Del caso, que en su daño habia pasado,  
Justamente enojado  
Con el fiero murciélago alevoso,  
Que habia la canción interrumpido  
Y á su Marta afligido,  
En cólera y furor se consumía,  
Y así á la ave funesta maldecía:  
¡Oh! monstruo de ave y bruto,  
Que cifras lo peor de bruto y ave,  
Vision nocturna y grave,  
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,  
De la luz enemigo declarado,  
Nuncio desventurado  
De la tiniebla y de la noche fría,  
¿Qué tienes tú que hacer donde está el día?  
Tus obras y figura  
Maldigan de comun las otras aves,  
Que cánticos suaves  
Tributan cada día al alba pura:  
Y porque mi ventura interrumpiste  
Y á su autor afligiste,  
Todo el mal y desastre te suceda  
Que á un murciélago vil suceder pueda.  
La lluvia repetida  
Que viene de lo alto arrebatada,  
Tan solo reservada  
A las noches, se oponga á tu salida:  
O el relámpago pronto reluciente  
Te ciegue y amedrente;  
O soplando del Norte recio el viento,  
No permita un mosquito á tu alimento.  
La dueña melindrosa  
Tras el tapiz do tienes tu manida,  
Te juzgue inadvertida  
Por telaraña sucia y asquerosa,  
Y con la escoba al suelo te derribe:  
Y al ver que bulle y vive  
Tan fiera y tan ridícula figura,  
Suelte la escoba y huya con presura.  
Y luego sobrevenga  
El jugueton gatillo bullicioso,  
Y primero medroso  
Al verte, se retire, y se contenga,  
Y bufé y se espeluce horrorizado,  
Y alce el rabo esponjado,  
Y el espinazo en arco suba al cielo,  
Y con los piés apenas toque al suelo.

Mas luego recobrado  
 Y del primer horror convalecido,  
 El pecho al sneló unido,  
 Traiga el rabo del uno al otro lado,  
 Y cosido en la tierra observe atento,  
 Y cada movimiento  
 Que en tí llegue á notar su perspicacia  
 Le provoque al asalto y le dé audacia.  
 En fin, sobre tí venga,  
 Te acometa y ultraje sin recelo,  
 Te arrastre por el suelo,  
 Y á costa de tu daño se esgrefenga:  
 Y por caso las uñas afiladas  
 En tus alas clavadas,  
 Por echarle de sí con sobresalto,  
 Te arroje muchas veces por lo alto.  
 Y acuda á tus chillidos  
 El muchacho, y convoque á sus iguales,  
 Que con los animales  
 Suelen ser comunmente desabridos;  
 Que á todos nos dotó naturaleza  
 De entrañas de fiereza,  
 Hasta que ya la edad ó la cultura  
 Nos dan humanidad ó mas cordura.  
 Entre con algazara  
 La pueril tropa al daño prevenida,  
 Y lazada oprimida  
 Te echen al cuello con fiereza rara;  
 Y al oírte chillar alcen el grito  
 Y te llamen *maldito!*  
 Y creyéndote al fin del diablo imágen,  
 Te abominen, te escupan y te ultrajen.  
 Luego por las telillas  
 De tus alas te claven al postigo,  
 Y se burlen contigo,  
 Y al hocico te arrimen candelillas,  
 Y se rian con duros corazones  
 De tus gestos y acciones,  
 Y á tus tristes querellas ponderadas  
 Correspondan con fiesta y carcajadas.  
 Y todos bien armados  
 De piedras, de navajas, de aguijones,  
 De clavos, de punzones,  
 De palos por los cabos afilados,  
 (De diversion y fiesta ya rendidos)  
 Te embistan atrevidos,  
 Y te quiten la vida con presteza,  
 Consumando en el modo su fiereza.  
 Te puncen y te sajen,  
 Te hundan, te golpeen, te martillen,  
 Te piquen, te acribillen,  
 Te dividan, te corten y te rajen,  
 Te desmiembren, te partan, te degüellen,  
 Te hiendan, te desuellen,  
 Te estrujen, te aporreen, te magullen,  
 Te deshagan, confundan y aturrullen.  
 Y las supersticiones  
 De las viejas, creyendo realidades,  
 Por ver curiosidades,  
 En tu sangre humedezcan algodones  
 Para encenderlos en la noche oscura,  
 Creyendo sin cordura  
 Que verán en el aire culebrinas  
 Y otras tristes visiones peregrinas.  
 Muerto ya, te dispongan  
 El entierro, te lleven arrastrando,  
 Gori gori cantando,  
 Y en dos filas delante se compongan;  
 Y otros fingiendo voces lastimeras  
 Sigan de plañideras,  
 Y dirijan entierro tan gracioso  
 Al muladar mas sucio y asqueroso.  
 Y en aquella basura  
 Un hoyo hondo y capaz te faciliten,  
 Y en él te depositen,  
 Y allí te den debida sepultura;  
 Y para hacer eterna tu memoria,  
 Compendiada tu historia  
 Pongan en una losa duradera,  
 Cuya letra dirá de esta manera:  
 Aquí yace el murciélagó alevoso  
 Que al sol horrorizó y ahuyentó el día,  
 De pueril saña triunfo lastimoso,  
 Con cruel muerte pagó su alevosía;  
 No sigas, caminante, presuroso  
 Hasta decir sobre esta losa fria:  
 «Acontezca tal fin y tal estrella  
 » A aquel que mal hiciere á Mirta bella.»

FR. DIEGO GONZALEZ.

### Los taquígrafos en Inglaterra.

En el palacio de Westminster, magnífico y colosal edificio situado á orillas del Támesis, cerca de la abadía

del mismo nombre, hay un cuartito en cuya chimenea arde un inmenso fuego de carbon de piedra.

Este cuarto, las escaleras y los corredores, están alumbrados con gas, aun á las doce del día. El arquitecto, al formar su plano, ha descuidado evidentemente esta parte del edificio; pero es justo decir que ha hecho todo lo posible para compensar á fuerza de *confort* la falta de luz que en esta localidad se nota. Los cuartos de los taquígrafos son sumamente confortables en toda la acepcion inglesa de esta palabra, y puedo decir sin ponderacion que ni en Francia, ni en España, ni en ningun otro pais, que yo sepa, se ha proporcionado tantas comodidades á la prensa.

El motivo de haber tan gran fuego encendido en el cuarto en que acabamos de entrar, es que el dicho cuarto sirve á la vez de antecámara y de refectorio á los taquígrafos. Contiene una mesa de nogal ancha y larga cubierta con varios platos de carne asada y fiambre, los cuales no constituyen por cierto una cena Luculiana, pero bastan á un periodista frugal que no desee gastarse una libra en una comida en la fonda del parlamento.

Algunos jarros y teteras se ven sobre la tapadera de la chimenea y se oye el monótono pero agradable canto del agua que hierva, convidando á los circunstantes á tomar una taza de té ó de café. En un banco de madera colocado junto á la puerta, dos muchachos soñolientos, medio tostados por el fuego de la chimenea, están aguardando manuscritos, mientras dos caballeros sentados cerca de la mesa están hablando en voz baja y bebiendo té en enormes tazas de porcelana. Estos últimos, de aspecto grave, con patillas canosas ya y cabezas calvas, son taquígrafos veteranos que acaban de hacer su turno. Otros taquígrafos entran y salen cada rato, de suerte que la pequeña puerta vidriera se está continuamente abriendo y cerrando. El criado tambien, que está de servicio en este aposento, anda sin cesar de una parte á otra — y esto no es de extrañar, pues tiene tantos amos — charlando de politica mientras se ocupa en preparar el té ó el café. Pero á pesar de todo este movimiento, el cuartito es confortable y se encuentra uno perfectamente en él para hablar y descansar.

Un pasillo angosto conduce desde la antecámara á un aposento de dos cuartos, que comunica con la galería de la cámara por medio de otro pasillo.

Todos estos cuartos y corredores están muellemente alfombrados. Sofás cubiertos con tafilte verde adosados á las paredes de roble esculpido, mesas de escribir delante de todas las ventanas, grandes fuegos ardiendo en chimeneas de mármol: todo allí respira el lujo y el *confort*. En las paredes, además, hay armarios en donde los taquígrafos pueden colgar sus gabanes y guardar sus papeles, é inmediato á estos dos cuartos, se halla un gabinete que sirve de tocador, y en donde se ven media docena de jofainas de mármol blanco para que aquellos señores puedan lavarse las manos. A los ingleses les gusta tener todos estos adminículos en sus oficinas, ya públicas, ya privadas: esta es una costumbre desconocida en el continente.

Poco tengo que decir de la galería de los taquígrafos. Ocupa el fondo de la sala de las sesiones y se halla debajo de la galería de las señoras y encima de la silla del *Speaker*. Contiene dos hileras de asientos con sus correspondientes pupitres, y en ella solo caben veinte y cuatro personas.

Nadie, excepto los taquígrafos de los principales periódicos de Londres, puede ser admitido en esta galería. Los corresponsales de los periódicos de provincias están excluidos solamente porque falta espacio para acomodarlos, y los periodistas extranjeros no han podido nunca lograr tampoco que se les admitiese por la misma razon. En efecto, si se considera que hay solamente veinte y cuatro asientos en esta galería, que cada uno de los periódicos de Londres tiene, por término medio, doce taquígrafos, y que el número total de estos asciende á ochenta, se comprenderá fácilmente que es imposible admitir allí mas gente.

Veamos ahora cuáles son las funciones de los taquígrafos, y de qué manera se halla repartido el trabajo. Para conocer esto nos basta estudiar la organizacion del cuerpo de los taquígrafos del *Times*, pues los demas están montados segun el mismo sistema.

El *Times* tiene un cuerpo de diez y seis taquígrafos cuyo oficio es dar cuenta de las sesiones de las dos cámaras. La mayor parte de estos taquígrafos son jóvenes abogados, de cortos medios, que pueden, con el sueldo que reciben, continuar sus estudios, al par que familiarizarse con las costumbres forenses por sus trabajos en la galería. Sus honorarios ascienden á 600 reales por semana, ó sean cinco duros diarios. Otros hay que tienen hecho con el *Times* un contrato anual: estos constituyen la *vieille garde* del periódico, el cuerpo de reserva.

Un hombre de cierta edad, de aspecto venerable, es quien está encargado de hacer el sumario de cada sesion. Este caballero se llama M. Woods. Los que leen el *Times*, habrán notado que durante la legislatura, este periódico publica todos los días á la cabeza de sus artículos de fondo un resumen de cuanto se ha dicho y hecho en la sesion de la noche anterior. Pues bien, M. Woods es quien lo escribe. Este caballero tiene que estar allí desde el principio de la sesion hasta el fin, para que su sumario llegue á manos del impresor tan pronto como concluyan los debates de la cámara.

Su posicion relativa con respecto á los demás taquígrafos, es la de un cabo con respecto á los soldados rascos. Y puesto que hablo de grados militares, voy desde luego á presentar á Vds. al capitán del cuerpo, mis-

ter Charles Ross, que manda la region parlamentaria del *Times* y cuya autoridad es reconocida y acatada por todos los taquígrafos de los periódicos de Londres.

M. Ross es un caballero sumamente amable, muy instruido en todos asuntos, y especialmente en la historia parlamentaria de la Gran Bretaña, que ha estudiado á fondo. Para el *Times*, M. Ross es en la cámara lo que el *manager* es en la oficina; cuida de todo lo relativo á los negocios parlamentarios é indica á sus hombres el día y la hora de la próxima sesion. Ya se le ve en la galería ayudando ó instruyendo á los novicios, ya en la sala de las sesiones para pedir un documento ó un informe estadístico á un miembro ó á uno de los señores de la mesa; otras veces vuela en coche á la oficina del *Times* para leer, acortar y mandar publicar el original enviado por los taquígrafos; en una palabra, en una noche de importantes debates M. Ross está en todas partes y en ninguna; es decir, que corre continuamente de Westminster á Printing-House-Square y de aquí al parlamento.

Este hábil y experimentado general suele dividir su cuerpo en dos destacamentos. Envía los taquígrafos jóvenes á la cámara alta, mientras que la antigua guardia hace su servicio en la cámara de los comunes, cuyas sesiones son generalmente mas largas y mas importantes. Se ha establecido la regla en ambas cámaras de que los taquígrafos se releven unos á otros cada media hora. Por ejemplo, M. H. toma su asiento al principio de la sesion con M. C. detrás de él. Transcurridos los primeros treinta minutos M. H. se retira y M. C. toma su puesto, mientras M. B., que debe reemplazarle luego, viene á sentarse á su lado. M. Woods, el *summary man*, el redactor del sumario, se sienta detrás de los taquígrafos.

Pero ¿cómo emplea su tiempo M. H. despues de terminada su media hora de servicio? Hasta que vuelva su turno puede disponer de dos horas al menos, pero tiene otras cosas que hacer durante este tiempo.

Hay siempre á la entrada de la cámara cuatro *hansom*s ó cabriolés pagados expresamente por el *Times* para estar á la disposicion de los taquígrafos. M. H. salta en uno de ellos y se hace conducir á escape á Printing-House-Square. Sube al cuarto de los taquígrafos y se ocupa inmediatamente en convertir sus notas en original. En este trabajo invierte cerca de una hora y cuarto. Si su *report* ha de ser palabra por palabra — y así sucede cuando habla un hombre importante sobre una cuestion de grande interés — el traslado dura mas tiempo; todo depende de la índole de los debates.

Preparado el original se entrega al cajista, y un cuarto de hora despues puede el taquígrafo corregir ya las pruebas. Las mas veces tiene que volver á condensar sus materias, y en esta operacion le ayuda M. Ross que está entrando y saliendo á cada momento.

Corregidas estas pruebas, se tiran otras, las cuales van á parar á manos del redactor de los artículos de fondo parlamentarios, cuando este último no asiste á la sesion. Pero en las ocasiones importantes, el redactor parlamentario está siempre en la cámara. Empezá su artículo generalmente al acercarse el día, y unas pocas horas despues el público de Londres puede leer sus observaciones, mientras trenes expresos las llevan en todas direcciones á los extremos del reino.

Si la sesion dura hasta las dos de la madrugada, el trabajo del último taquígrafo, del redactor parlamentario y de uno de los editores es mucho mayor, y algunas veces dan las tres y las cuatro cuando estos señores llaman un coche para irse á su casa del *West End* á descansar de sus fatigas.

### La feria de San Martin en Pontoise (Francia).

Pontoise es una de esas ciudades secundarias que en todo tiempo tuvieron el privilegio de alcanzar cierta celebridad. Antiguamente la llamaron *Brivisara*, segun el itinerario de Antonino, y *Brivaisara* segun las tablas de Pentinger. *Briva*, *brevia* ó *briga* significaba un puente en la lengua de los Celtas. Los escritores de la edad media la llamaron sucesivamente *Pons Isaræ*, *Pontisara*, *Pontisera*, *Pons-Inisa*, *Pons Asia* y *Pontesia*, de donde la vino despues el nombre mas moderno de Pontoise.

Por esa ciudad pasó antiguamente la via romana que conducia de Paris á Ruan. Mas tarde, Pontoise fué la capital del Vexin francés. En los primeros tiempos de nuestra historia fué una plaza de guerra notable donde tuvieron lugar grandes hechos de armas. Los Estados generales se reunieron en ella en 1561, y en ella estuvo el Parlamento de Paris tres veces en 1652, en 1720 y en 1753. En Pontoise han nacido varios hombres célebres. Todos se sorprenderán del encarnizamiento con que se disputó en la edad media la posesion de Pontoise, al ver su posicion en anfiteatro, dominando todo el curso del Oise, sus calles en escalera, y sobre todo la plataforma llamada el *Castillo*, que domina toda la ciudad, y desde la cual se descubre un panorama admirable. Dos de sus calles están dominadas por un peñon enorme. En el año de 1767 se desprendió un banco de 50 piés de largo, 30 de alto y 20 de ancho, de este peñon, y destruyó tres casas ocasionando estragos en el barrio.

Hoy solo queda del castillo de Pontoise algunos muros ruinosos, un parapeto, las rampas que conducian á él, y algunas casas en la plataforma. Con el tiempo y los cambios que sobrevinieron en las costumbres, Pon-

toise, como todas las poblaciones de Francia que se hallaban en una situación análoga, fué perdiendo poco á poco su posición militar. Sus murallas de recinto fueron reemplazadas por caminos y jardines, sus fosos fueron invadidos por los hortelanos, y obreros con blusa sustituyeron á los hombres de armas de la edad media que velaban en las murallas. Sus fortificaciones se desmantelaron, y en su lugar se ve hoy un plantío de árboles.

Pontoise se volvió pues una ciudad moderna; pero en su transformación tuvo todavía la felicidad de no verse totalmente olvidada. La quedó la celebridad de su feria de San Martín, una de las más importantes en las cercanías de París. Esta feria dura los días 11, 12 y 13 de noviembre. Sería difícil decir si su nombre proviene del día en que principia, ó si se llama así porque tiene lugar á la izquierda de Pontoise en las márgenes del Oise en una vasta pradera de los arrabales que llaman de San Martín. Lo cierto es que en la época del año en que se celebra, casi siempre hace mal tiempo. Sin embargo, á pesar de que los vendedores y compradores tiritan de frío con los pies en el lodo bajo el abrigo insuficiente que les dan unos puestecillos de madera, es difícil figurarse la multitud que acude á ella. No solo van allí de los pueblos de la comarca, sino aun de algunos departamentos lejanos. El Sarthe y los departamentos limítrofes del Oeste envían montañas de cáñamo que ali-

mentan luego las cordelerías de la capital y de las provincias próximas; el cáñamo destinado á los tejedores se vende en otro punto y por pequeñas partidas.

Allí se encuentran igualmente los artículos de género mas opuesto. La feria de San Martín es también feria de ganados; caballos, vacas y puercos se venden en número considerable. Sin embargo, como las antiguas

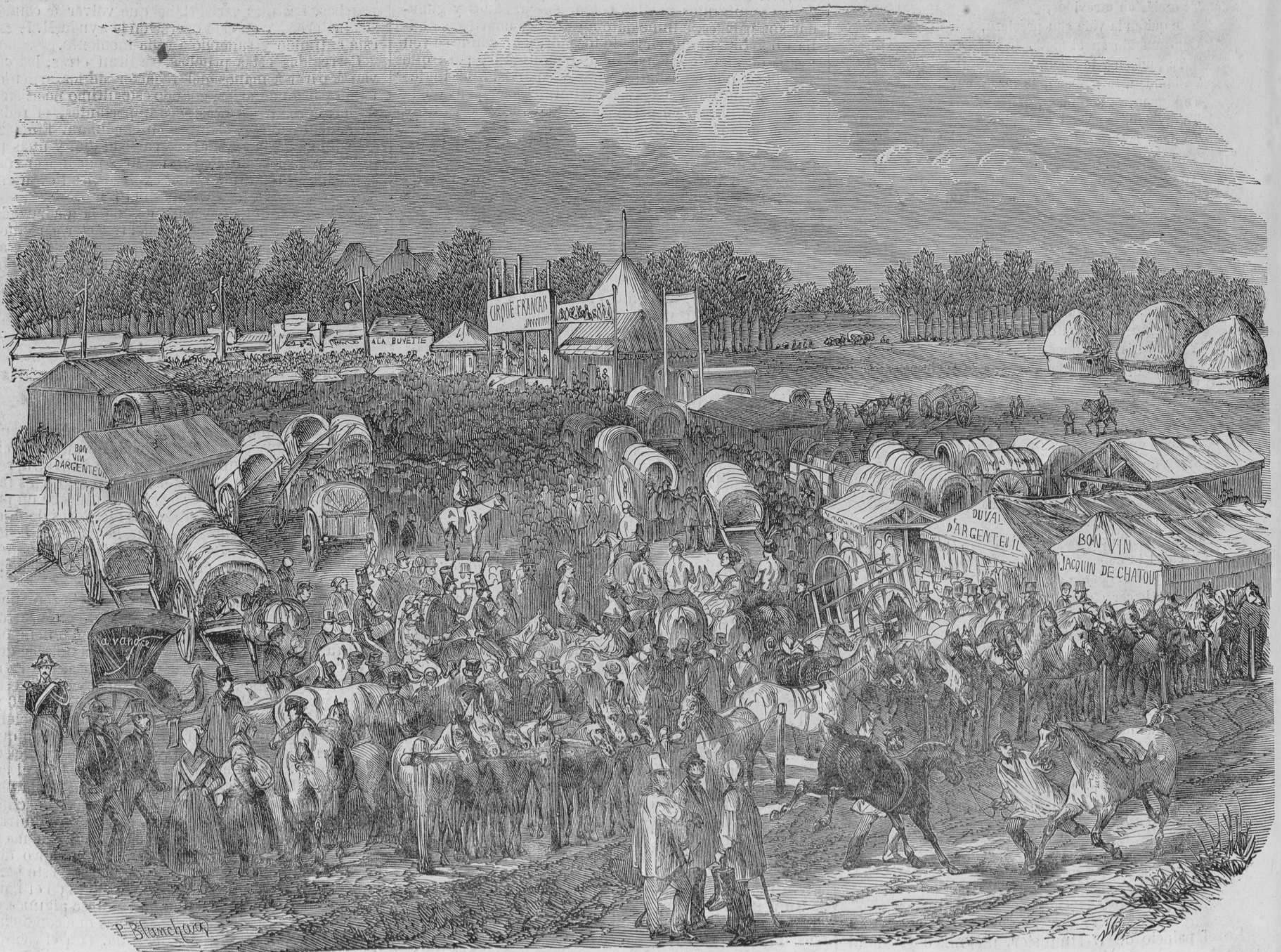
Por el contrario, se diría que tratan de alejarlos imponiéndoles una porción de condiciones onerosas.

Por eso antes que una ú otra causa, ó quizás los progresos de la época lleguen á suprimir poco á poco las grandes ferias, hemos querido dejar consignado aquí lo principal de la que queda en las cercanías de París de esas antiguas solemnidades comerciales.

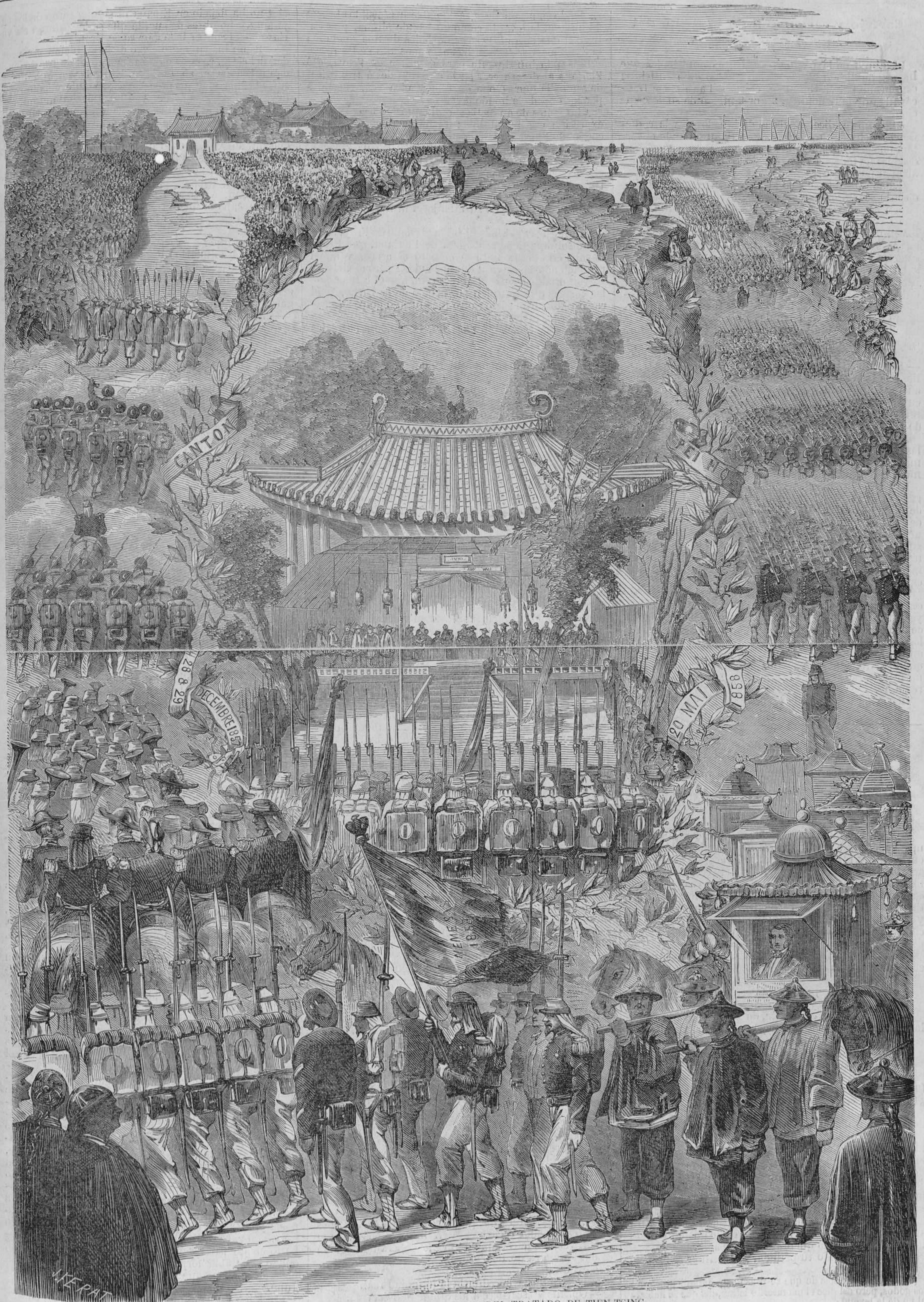
grandes fiestas va disminuyendo de año en año, y quizá acabará por desaparecer. En otro tiempo durante los tres días el valor total de los negocios que se operaban allí subía á millones; hoy que el comercio tan inteligente, secundado por la rapidez y baratura de las comunicaciones trata de penetrar en todas partes, y que en su consecuencia la mercancía viene á ofrecerse al comprador bajo todas sus formas, sin que el comprador tenga que moverse del sitio que ocupa, las ferias, sobre todo al lado de los grandes centros de población, han perdido mucha parte de su importancia comercial. A esto se debe añadir que las ciudades, sea por falta de previsión ó sea porque estén embebidas de esas ideas fiscales que nos recuerdan involuntariamente la antigua fábula de la gallina de los huevos de oro, no hacen nada por retener esa actividad moribunda, por continuar en su seno ese cambio de transacciones, ese concurso de vendedores y compradores que se citan todos los años dentro de sus muros.



LOS CARROS DE LA FERIA EN LAS CANTERAS DE PONTOISE.



LA FERIA DE SAN MARTIN EN PONTOISE.



CORTEJO Y CEREMONIA DE LA FIRMA DEL TRATADO DE TIEN-TSING

### Cortejo y ceremonia de la firma del tratado de Tien-tsing.

El dibujo de la página precedente completa los que hemos publicado ya sobre el tratado de Tien-tsing; está hecho por M. Roux, secretario del almirante francés Rigault de Genouilly, autor también de su descripción.

« El yamun, dice, ó palacio designado para la conferencia se halla en medio de una llanura donde el cortejo puede desplegarse á los ojos atónitos de los chinos después de haber atravesado las calles tortuosas de un arrabal populoso.

Cuando llegó el cortejo al yamun, la orquesta china ejecutó la sinfonía lamentable prescrita por los ritos para esas ocasiones solemnes. — Sesenta mandarines que llevaban en la cabeza globulillos de todos colores, hacen una corte imponente á los dos plenipotenciarios, cuyos sombreros se distinguen por sus globulillos de color de rosa, insignias de primer orden.

Los dos comisarios se presentan muy corteses á recibir al embajador al pie de las gradas, y le hacen sentar entre ellos ante una mesita con un tapete bordado. — Con una urbanidad oriental los altos funcionarios se saludan empleando las fórmulas de uso, entre las cuales oímos este voto de circunstancia: *Que la paz dure entre nosotros diez mil años.*

Entonces se sacan los varios ejemplares del tratado. — Los mandarines de segundo orden los ponen los sellos con toda solemnidad, y luego se procede á la firma; entre tanto la música colocada delante del palacio ejecuta el himno nacional, al que responden las tropas presentando las armas con el grito repetido cinco veces de: *Viva el emperador!*

A pesar de un ligero susto causado por el manejo de las armas y las aclamaciones de nuestros soldados, la mayor cordialidad reinó en la sala donde estaban reunidos los diplomáticos, los oficiales y los mandarines.

La parte china de la asamblea juzgó que había llegado el momento de hacer á los bárbaros los honores de un suntuoso banquete. — Después del último acto de ese intermedio gastronómico, que principió naturalmente por las frutas en dulce, siguió con los nidos de golondrinas y acabó por la sopa, se repitieron las protestas, se volvió á formar el cortejo, y emprendió su marcha á los sonidos redoblados de la cencerrada china.

Sobrevino la noche; cada soldado tomó una tea encendida, y reflejado en las aguas serenas del Pei-ho cuyas orillas seguíamos, el cortejo iluminado llegó al punto de donde había salido en medio de las aclamaciones de los ingleses, que nos esperaban. Cuando el embajador atravesaba el umbral de su palacio las luces de Bengala que brillaron en los palos de nuestros buques dieron un mágico esplendor al último acto de esa hermosa ceremonia.

Tien-tsing 6 de julio de 1858. »

### LA REINA SIN NOMBRE,

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

POR DON JUAN EUGENIO HARZENBUSCH.

(Continuación).

— Mira, Floriana, mi carácter es adusto y silvestre, mis gobernados tiemblan delante de mí; colócate tú entre ellos y mi persona, sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades; aborrezco á tu pueblo, pero adoro tus gracias; sirve á los tuyos mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento *yuras* (1), único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

— No.

— Floriana, acabemos. ¿Recesvinto vale mas que yo en prendas del alma?

— Quizá no.

— ¿Es mas noble, mas gallardo, mas rico?

— No.

— Mas valeroso y constante, de seguro que no; tú no lo sabrás, pero lo sabe España, puedo decirlo.

— Y yo lo creo.

— ¿Porque me niegas el amor que le concediste?

— ¡He sido su esposa!

— ¡Floriana! ¡Floriana! exclamó aquí arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasión el ardiente godo. ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?

La prueba, la tentación era terrible. El amor embellecía, divinizaba en aquel momento el rostro, la expresión, la voz, el ademán, hasta el aliento de Froya; tenía la majestad del león que respeta magnánimamente la debilidad de su presa.

Floriana, agitada, recogiendo con fuerza las riendas de su razón que se extraviaba, dijo al duque con inefable dulzura, y arrasados los ojos de lágrimas:

— Señor, el día que con la faja blanca y roja me enlazaron á Recesvinto, le prometí no ser nunca de otro aunque le sobreviviera: él me ofreció lo mismo y no lo ha cumplido: yo no quebrantaré mi palabra.

— Tú has querido tu pérdida, gritó entonces el godo

(1) No tengo noticia de que se usase este casamiento entre los godos, pero así dice el manuscrito latino, del que se hablará al fin de la leyenda.

rugiendo como un tigre. Asió entre sus fornidos brazos á Floriana, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada que subía serpenteando hasta lo mas alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriana al desaparecer en la espesura dos ó tres gritos de angustia que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya expresión era indefinible: un momento después salió corriendo Floriana de entre los árboles á la senda: entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento después apareció Froya retirándose hacia la senda, reciamente acosado por un desconocido en traje de mercader oriental: los cabos del turbante, revueltos á la cara y cuello, solo le dejaban descubiertos los ojos; los golpes de su alfanje eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana, que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al duque la vida; pero al violento vaiven producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unían por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro mas furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

— ¡Piedad! exclamó Floriana, lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás, y asió de la mano á Floriana.

— Suéltame, quien quiera que fueres, dijo Floriana á su libertador; yo no puedo separarme de mi amo.

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

— Déjala venir conmigo si quieres, juro que puede ir segura.

El incógnito softó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche, Froya y su esclava, que habían caminado en un profundo silencio, subían la cuesta de Segobriga; el casco romano del duque había quedado en el sitio de la refriega.

Nada particular ofrecieron los quince primeros días que pasó Floriana en Segobriga. Situada la ciudad en un alto, situado en lo mas alto de la ciudad el castillo, residencia del duque, desde sus azoteas se descubrían, mirando hacia el Mediodía, los cerros que cercaban el valle del Paraíso, donde Floriana había vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y de su padre. Allí había quedado también sepultada su ventura. ¿Qué sería de la anciana Apicela, que había servido de madre á Floriana después del fallecimiento de Pomponia? ¿Qué sería de los fieles Nebridio y Laureano? ¿Cuántas lágrimas habrían vertido por la ausencia de su amada señora! y ¡si hubieran sabido su suerte! ¡oh! entonces Apicela sin duda hubiera expirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirigir una mirada al valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oración matutina.

Froya parecía haberla olvidado: ni la buscaba ni huía de su vista. La noche que entraron en la ciudad, le dijo estas pocas palabras: « He querido hacerte mi esposa; has preferido ser mi esclava: sólo en buen hora. » No le había dicho mas, y su porte con ella parecía conforme á este supuesto. Mas aquella indiferencia era una capa de nieve que cubría un volcan.

Los designios sediciosos de Froya habían vuelto á reproducirse después del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los jefes de la conjuración proyectada habían acudido á Segobriga, y otros se mantenían esparcidos en las poblaciones vecinas. La ambición y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazón de Froya para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segobriga Teodosinda.

— ¡Venganza! fué la primera palabra que dijo á su hermano. Me han injuriado cruelmente: vengame.

— ¿Qué injuria te han hecho?

— Sabes que por consejo, ó mas bien por orden del rey escribí una carta á su hijo.

— Dí que se la hiciste escribir á Floriana.

— Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

— Dímelas lisa y llanamente, y excuso de figurarme nada.

— Me ha contestado que su padre no piensa en casarse conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desbaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en escarmentar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos, en fin, á minar el trono de Flavio, y guardemos un profundo silencio sobre las noticias que nos comunicas.

— ¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí me debe quizá el haberse ceñido la corona: á mí me deberá también su caída. Flavio es un usurpador.

— Es un ingrato.

— Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

— Oprime y escarnece á los que le han servido.

— Es un monstruo sanguinario. A fuerza de supli-

cios no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

— Es un instrumento ciego de la ambición y rapacidad del clero. El obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veinte y siete reyes llevamos los godos desde Ataulfo, no contando al que hoy reina; de estos entre asesinados, muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

— Sí, sí: tú estás llamado á ser rey.

— Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

— Y á mí. A eso vengo á Segobriga: los medios de llevar á cabo la insurrección quedan á tu cuidado; al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

— ¿Para qué?

— ¿Puedes dudar? Para quitarla la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

— Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado, de ese yo te vengaré.

— Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

— Es que yo no quiero que muera Floriana.

— ¿Qué venganza es la mía si no me libro de un rival?

— ¿Y cómo puedo yo ocupar el trono, si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana á nadie perjudica; la de Recesvinto es incompatible con la mía. ¿O quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

— ¿Pues con qué objeto pretendes conservar la vida á Floriana?

— Con el de tenerla por esposa, no, porque no puedo. Pero aunque me casara legítimamente con ella, ¿es lo mismo una mujer que un hombre? ¿es lo mismo un godo que una romana? A ella no le envilece esa pena y á él sí. Como te creyera yo capaz de unirte á un hombre degradado, aquí mismo te daría de puñaladas, después de haberte escupido al rostro.

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder. ¡Oh! dijo sin embargo para sí: mi rival no vivirá, yo lo aseguro: para algo he venido yo de Toledo.

La conversacion de los dos hermanos fué interrumpida por un doméstico que avisó á Froya de que tenía que hablar con el verdugo Sisberto.

Es mi mejor espía, dijo Froya á su hermana: déjame solo con él un rato. Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista y la atención en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayor-domo ó inspector del palacio castillo. La historia del verdugo era digna de saberse.

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó á su profesion, en la cual hacia el jóven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confectionador de remedios á no haberle lanzado ignominiosamente de su docta carrera la suerte contraria.

Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia desmedida. Prendóse Sisberto de la doncella, cuyo nombre era Centola; el padre aprobaba la inclinación del hijo; ella recibía de buen talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cumplido los quince años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió al tutor cuenta de sus bienes y se separó de su casa, codiciosa la mal aconsejada jóven de mas alto empleo.

El gobernador de Valeria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal de toda la ciudad, que el anciano físico que la había educado, falleció de pesadumbre: júzguese cuál sería la de su hijo. Dió á luz una niña Centola un año después de su conocimiento con el gobernador de Valeria: nació enferma la criatura, y como ya entonces hubiese hecho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el gobernador le llamó para que asistiera á su hija. Excusóse Sisberto, confesando francamente que aborrecía tanto á la madre después de su perfidia y envilecimiento (tales fueron sus palabras, á la verdad poco prudentes), que temía no mirar con el debido interés por la vida del inocente fruto del culpable trato.

El gobernador, hombre feroz y maligno, lejos de estimar esta confesion ingenua, se empeñó tenazmente en que Sisberto había de asistir á su hija: Sisberto hubo de ceder, y por males de sus pecados murió la criatura. Enfurecido el gobernador puso acusación al físico haciendo de juez y de parte, alegando que Sisberto había sangrado á la niña, y que habiendo esta fallecido, el médico, según la ley, debía ser puesto á disposición de los parientes del difunto para que hicieran de él lo que les pluguiera: lo que hizo el gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podía meter en cárcel á un médico sino por homicidio: Sisberto lo negaba y no podía probarsele; el gobernador discursó un tormento inusitado para satisfacer su ira; mandó encerrar á Sisberto en un patio cerrado de altas y gruesas paredes, donde no había forma de escaparse, y prohibió, con pena de la vida, que se le proporcionase abrigo ninguno.

Era esto en medio de un invierno horroroso, en que á una fuerte nevada sucedían agudísimos yelos, y



gentando el reino, hallándose dueña de disponer á su antojo de los caudales del Estado, quiso cumplir el voto que hiciera á Dios de elevar un templo magnífico si tenia la dicha de dar á luz un heredero al trono. Este heredero Luis XIV fué quien puso la primera piedra de la iglesia en abril de 1643 cuando era un niño todavía.

Varios fueron los arquitectos que trabajaron en esta obra, que duró como unos veinte años; pero Gabriel Leduc fué el que tuvo la gloria de terminarla en 1663.

Examinando la cúpula del Val de Grace por dentro ó por fuera, no cabe duda que Leduc quiso imitar en ella la de San Pedro de Roma, imitacion en que puede decirse que estuvo ciertamente afortunado.

Lo mas digno de admiracion en esta cúpula es la exactitud de las proporciones del orden de pilastras salientes que adornan la parte inferior, las del ático lleno de medallones y la curva de la misma cúpula.

El altar mayor de la iglesia es semejante al de San Pedro de Roma en cuanto al estilo; se compone de seis grandes columnas de mármol, y encima del entablamento se ven figuras de ángeles dorados con incensarios en las manos.

La reina Ana de Austria regaló á la iglesia ricos adornos y un crecido número de relicarios de plata y oro. Esta reina tenia un aposento dentro del mismo monasterio, á donde se retiraba muchas veces huyendo de las intrigas de la corte y para disfrutar de algun reposo.



EL VAL DE GRACE.

En el dia el monasterio es un hospital militar, y la iglesia, aunque ha sido despojada de sus mejores ornamentos, está de nuevo consagrada al culto, despues de haber servido sucesivamente á diferentes usos.

## II.

## LA FUENTE DE LA PLAZA LOUVOIS.

En el mismo sitio donde se ve hoy la fuente monumental cuyo dibujo ofrecemos á nuestros lectores, se alzaba en otro tiempo el teatro de la Opera, donde el 13 de febrero de 1820 el puñal de Louvel hirió de muerte al duque de Berry. A consecuencia de este asesinato se cerraron las puertas del teatro y se decretó su demolicion, que se llevó á cabo. Los realistas organizaron una suscripcion para erigir allí un monumento expiatorio en honor del último hijo de Luis XVI; la revolucion de Julio halló por concluir la capilla raquítica que se levantaba, y la derribó inmediatamente. Bajo el ministerio de M. Thiers se formó una nueva suscripcion, no ya para una tumba, sino para una fuente, y en 1833 M. Visconti, ayudado por un escultor de talento, M. Klagmann, ofrecia á los parisienses en esa misma plaza ensanchada, regularizada y plantada de árboles una fuente de un aspecto gracioso y severo á la vez, que es sin contradiccion la obra mas notable que la capital posee en este género.

## X.



LA FUENTE DE LA PLAZA LOUVOIS.